Ventura de la Vega

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

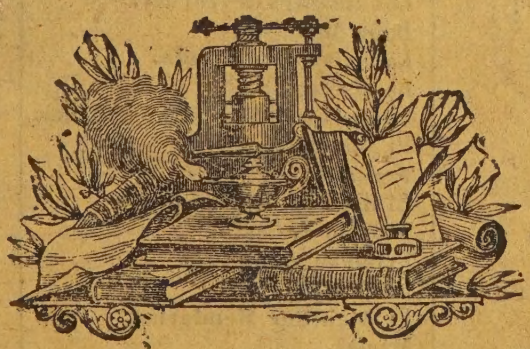
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entrometido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.

Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.

El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª par
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª part
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Aragon
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte (
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor
Empeños de una vengan
¡Es un bandido!

Á MUERTE Ó Á VIDA,

Ó

LA ESCUELA DE LAS COQUETAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
DON VALENTIN.	*Don José Garcia Luna.*
EL GENERAL BERNAL. . .	*Don Julian Romea.*
DON FERNANDO DE LARA. .	*Don Florencio Romea.*
DON LUIS ROLDAN. . . .	*Don José Diez.*
LA DUQUESA DEL PUERTO.	*Doña Matilde Diez.*
LA MARQUESA DE ESTEPONA.	*Doña Gerónima Llorente.*
DOÑA ISABEL.	*Doña Concepcion Valero.*
DOÑA ANGELA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
JUANA.	*Doña Manuela Sierra.*
DOS LACAYOS.	*Don Lorenzo Paris.* / *Don Juan Fernandez.*

La escena es en Madrid.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

Acto primero.

El teatro representa una sala en casa de la duquesa, adornada con lujo y elegancia: puerta en el foro y laterales; balcon á la derecha: á la izquierda, en primer término, una chimenea, y encima un espejo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL. DON LUIS. LA MARQUESA. LA DUQUESA. DON FERNANDO.

(*Al levantarse el telon estan sentados, oyendo á don Fernando, que acaba de leer un artículo de periódico.*)

Isabel. Qué relacion tan interesante!
Luis. Gran temple de alma debe tener!
Isabel. Y vea usted, nadie lo diria al verlo.
Marquesa. Y qué es lo que ha hecho ese buen hombre?
Luis. Pues no lo ha oido usted, marquesa?
Marquesa. No: nunca atiendo cuando leen ustedes esos periodiquillos en que se elogia á cualquiera por la mas mínima cosa.
Luis. Poco á poco, marquesa: el general Bernal no es un cualquiera.
Marquesa. Pues quién fué su padre?
Luis. Alguno lo sería: pero aqui no se trata de su padre, si no de él: de un jóven que empezó de nada la campaña, y ganó en los combates el grado de general, escitando el asombro de todos con esos hechos estraordinarios de valor que acabamos de oir... y que

862.8
T2563
233
v.
721955

no son mínima cosa, como ha dicho usted. — El general Bernal es uno de esos hombres superiores que, en su corta edad, imponen respeto y admiracion.

Isabel. Y qué trato el suyo! qué comedido! qué amable! No solamente se distingue como militar, sino como hombre de sociedad. Pregúntenselo ustedes á mi hermana, á la cual no dejaba de visitar un solo dia hasta que se marchó.

Marquesa. Es verdad: ahora me acuerdo que entre las gentes de nuestra clase se ha hecho muchas veces conversacion de esa estraña intimidad. Será cosa, sobrina, de que cuentes entre tus infinitos adoradores á ese advenedizo?

Fernando. (*Aparte.*) Qué oigo!

Marquesa. Le has dado pie para que ponga los ojos en tí?

Duquesa. Tia, confieso que la nobleza de su carácter, el encanto de su conversacion... me han hecho tratarlo con particular aprecio.

Marquesa. Ya...! halagaba tu vanidad hacer la conquista de uno de esos hombres que tienen opinion de invulnerables, y despiertan la curiosidad pública por sus hazañas en la guerra...? Bien: eso pase. Pero cuidado...!

Duquesa. (*Sonriendo.*) De qué, tia?

Marquesa. Cómo de qué? Eres duquesa, viuda y rica; eres la reina de nuestra sociedad...

Duquesa. Tia...!

Marquesa. Pregunta lo que decian de tí la otra noche en el baile de la condesa. Oh! los elogios no tenian fin! "No la hay mas hermosa, mas discreta ni mas inespugnable que la duquesa del Puerto... (decian todos). Flechar á cuantos ve, y mantenerse fria: esa habilidad nadie la tiene sino ella."

Fernando. (*Aparte.*) Es posible?

Duquesa. A la verdad, tia, esos elogios...

Marquesa. Los mereces, eso sí! Pero cuidado, repito! Mira que ese trono en que te has sentado es muy resbaladizo; y esos hombres tenaces, como el general Bernal...

Duquesa. (*Sonriendo.*) Se estrellan, como otro cualquiera, en la voluntad de una débil muger.

Marquesa. No digo que no; pero bueno será que estés

en guardia! — Yo me acuerdo que una vez, en tiempo del príncipe de la Paz...

Duquesa. Qué la sucedió á usted, tia?

Marquesa. (*Levantándose, y tambien los demas.*) Nada: no hablemos de lo pasado. Lo que te interesa es lo venidero. Sería muy ridículo que nos introdujeras en la familia un excelencia de mochila.

Isabel. Oh! mi hermana no piensa en volver á casarse.

Marquesa. Y hace muy bien! Pero ten presente, sobrina, lo que siempre te he dicho. Estos militares de ahora, infatuados con sus cruces y sus glorias, tienen un modo tan brusco de enamorar...! Ya se ve, acostumbrados á tomar baterías...

Duquesa. Pero tia, si el sugeto de que hablamos se ha marchado hace un mes... y Dios sabe si volverá!

Marquesa. Tú coquetea con él enhorabuena, si asi te diviertes; pero guarda tu corazon!—Ea, á Dios, hija mia: estoy de guardia en el cuarto de la reina, y ya es hora: nos veremos esta noche en el baile de la embajada. No olvides mis consejos.

Duquesa. Le doy á usted gracias, tia.

Marquesa. Luisito se quedará un rato al lado de su futura?

Luis. Tengo precisamente que hacer; pero la duquesa me permitirá volver á acompañarlas al baile: Isabel me ha ofrecido el primer rigodon.

Isabel. Veremos.

Marquesa. (*Riendo.*) Hola! veremos! — Ah, ah, ah...! — Luisito, deme usted el brazo. (*Todos se van por el foro, escepto la duquesa y don Fernando.*)

Fernando. (*Aparte mientras la duquesa los despide.*) La visitaba todos los dias el general Bernal...! Oh! es preciso que ella se esplique.

ESCENA II.

LA DUQUESA. DON FERNANDO.

Duquesa. Ah! usted se queda, señor don Fernando...? Lo celebro, para darle á usted de nuevo las gracias.

Fernando. De qué, señora?

Duquesa. De la suma amabilidad que ha tenido usted en

leernos ese artículo que elogia al general Bernal por sus proezas.

Fernando. Usted lo deseaba, señora; y ya sabe usted que sus menores deseos son mandatos para mí.

Duquesa Hola! No lo sabia; pero me alegro de saberlo.

Fernando. Y le confieso á usted que la lectura del artículo, y los comentarios á que ha dado lugar, han despertado en mí reflexiones muy tristes!

Duquesa. De veras?

Fernando. Será cierto que el general Bernal la ama á usted, señora?

Duquesa. La pregunta no deja de ser estraña!

Fernando. Oh! dígnese usted contestarme á ella: yo se lo ruego!

Duquesa. Contestar...? Dificilillo es. Ademas, qué interes puede usted tener en ello?

Fernando. Qué interes? Ignora usted lo que pasa en mi corazon?

Duquesa. Nunca me he tomado el trabajo de averiguarlo.

Fernando. Cómo! mis miradas, mi conducta desde el dia que tuve la dicha de ver á usted por la primera vez, no se lo han dicho?

Duquesa. En primer lugar, yo no me pico de entendida en interpretar miradas; y luego, qué tiene de particular su conducta de usted? Usted es rico, de buena familia: vino usted á Madrid; Luisito, el novio de mi hermana, le presentó á usted en casa, yo le recibí con la amabilidad que acostumbro, usted gustó de mi trato, tuvo por conveniente dilatar su permanencia en la corte, y me hace el honor de visitarme á menudo: qué quiere usted que vea en esto de estraordinario?

Fernando. De estraordinario, nada, duquesa...! es verdad...! porque el que la ve á usted una vez, no tiene ya fuerzas para ausentarse!

Duquesa. Esa es una galantería muy bien dicha: gracias, Fernando.

Fernando. Pero ha de saber usted, que cuando vine de Valladolid estaba en vísperas de casarme.

Duquesa. Y qué?

Fernando. Negocios de interes me obligaron á hacer este viaje: una jóven que yo amaba... que creía amar á lo menos, habia recibido mi promesa, y aguardaba con an-

sia mi vuelta... Pues bien, yo he escrito que mudaba de parecer, que faltaba á mis juramentos.

Duquesa. Ha hecho usted mal.

Fernando. Es que la vi á usted, duquesa!

Duquesa. Cómo! pues qué, mi presencia es remedio contra casamientos?

Fernando. Sí, con otra que no sea usted!

Duquesa. Pues amigo, si me he de casar con todos los que se aficionan á mi trato, dígole á usted qne es obra!

Fernando. Pero usted no ha podido ignorar este sacrificio que yo la hacia de un porvenir seguro á una remota esperanza: sus miradas de usted, su acogida, sus espresiones... todo parecia mandármelo.

Duquesa. No me acuerdo de haberle dicho á usted una sola palabra de todo eso.

Fernando. Es verdad, señora, usted no me lo ha dicho; pero yo he creido leer en sus ojos...

Duquesa. Dónde dice usted que ha vivido hasta ahora?

Fernando. En Valladolid, señora.

Duquesa. Ya...! Pues eso es!

Fernando. Con que sacamos en limpio que aquellas tiernas miradas que hacian palpitar mi corazon, aquellas dulces espresiones que me alentaban á quedarme al lado de usted... todo ello no era mas que un juego? Era verdad lo que decian aqui hace un instante? Se complace usted en destrozar corazones y permanecer insensible? en encender con una mirada, y apagar con una palabra las ilusiones de cuantos se acercan á usted...? Esa es su diversion de usted? Y con el general Bernal habrá usted hecho antes sin duda lo que ahora conmigo?

Duquesa. Si la falta de mundo y los pocos años no merecieran alguna indulgencia, sabe usted que deberia enfadarme?

Fernando. Enfadarse?

Duquesa. Sí señor; porque yo no le he dado á usted nunca derecho para hacerme semejante interrogatorio, y menos para dirigirme cargos.

Fernando. Ah! Duquesa...! por Dios, no se burle usted de mis tormentos! Cómo es posible que no haya usted adivinado el secreto de mi corazon...? Este sacrificio que he hecho, usted ha tenido el arte de imponérmelo sin decir una palabra: usted me daba esperanzas, y ahora ave-

rigno que al mismo tiempo se las daba tambien al general...!

Duquesa. Volvemos...?

Fernando. Y para mayor crueldad, me elige usted á mí para que lea la relacion de sus hazañas.

Duquesa. (*Sonriendo.*) Pues qué, no le ha interesado á usted esa lectura?

Fernando. Tengo bastante nobleza, señora, para admirar el mérito, aunque sea en un rival.

Duquesa. Eso le hace á usted mucho honor.

Fernando. En fin, acabemos: pronuncie usted. — Si no me he engañado, el general la ama á usted. — Pues bien, cuál de los dos puede esperar correspondencia?

Duquesa. Y qué diria usted si le respondiese: ni el uno, ni el otro?

Fernando. Nada; señora: saldria de aquí; para no volver mas!

Duquesa. Eso sería otra locura.

Fernando. Diga usted que sería el primer paso que diera en razon.

Duquesa. (*Con coquetería.*) Es usted un niño!

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA ISABEL.

Isabel. Clara! Clara! La modista está en tu cuarto: trae cosas lindísimas!

Duquesa. Ah! voy allá. — Usted me dispensará, Fernando: ya ve usted que se trata de un negocio muy importante.

Fernando. Sí, señora: estoy convencido de que no me queda mas arbitrio que retirarme.

Duquesa. Nos veremos esta noche en el baile de la embajada: tengo presente que le he ofrecido á usted el primer rigodon.

Fernando. Señora, no sé si...

Duquesa. Oh! es un compromiso; no me dé usted chasco. — Seguiremos la conversacion. — Hasta la noche, Fernando.

Fernando. Pero...

Duquesa. (*Con tono afablemente imperioso.*) Hasta la noche!

Fernando. (*Con tono sumiso.*) Hasta la noche! (*La Duquesa se va por la izquierda. — Don Fernando por el foro.*)

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL.

Qué cara lleva...! La misma que le he visto poner mil veces al general Bernal al despedirse de mi hermana. Es cosa singular! Cuanto mas los hace rabiar, mas rendidos los tiene. Vaya; parece que ese es el mejor medio de hacer que nos amen... Será preciso que lo ponga yo en práctica. Ese Luis... me quiere, sí; pero es tan calmoso...! tan frio...! parece que está tan satisfecho siempre, tan seguro de mi amor. A todo dice *amen*...! Nunca tenemos una riña... y por consiguiente nunca tenemos que hacer las paces... Eso es una sosería!

Un lacayo. Señorita Isabel, ahí está una jóven que quiere ver á V. S.

Isabel. Una jóven?

Lacayo. Aqui ha escrito su nombre. (*La da un papel.*)

Isabel. Qué veo! Dila que entre al instante. (*Vase el lacayo.*) Angelita en Madrid! Es posible...!

ESCENA V.

DOÑA ISABEL. DOÑA ANGELA.

Angela. Isabel...! Cuánto gusto tengo en verte!

Isabel. Pues y yo! Abrazar á mi mejor amiga...! Desde cuándo estás en Madrid?

Angela. Ocho dias hace que llegué con mi papá.

Isabel. Y hasta hoy no has venido á verme!

Angela. Perdona, Isabel, no ha sido culpa mia: apenas llegamos cayó en cama papá, y he tenido que estarme en casa cuidándole.

Isabel. Ya. — Y dónde vives?

Angela. En la misma casa del general Bernal.

Isabel. De veras? Pero él no está en Madrid.

Angela. Hoy mismo debe llegar: es íntimo amigo de papá; han sido compañeros de armas. En casa vivia en Valladolid, y alli le dejamos á nuestra salida.

Isabel. Qué hombre tan amable y tan bueno! verdad, Angelita?

Angela. Sí: ya sé que tú le conoces: él nos hablaba continuamente de tu hermana la duquesa. Y si te he de decir la verdad, allá se nos ha figurado que el general...

Isabel. (*Con misterio.*) Y habeis adivinado.

Angela. Pero tambien hemos creido notar que ese amor no le hace feliz.

Isabel. Y qué quieres! Eso se ve con mucha frecuencia!

Angela. (*Suspirando.*) A quién se lo cuentas, Isabel!

Isabel. Cómo! Lo sabes por esperiencia?

Angela. Sí, amiga mia!

Isabel. Es posible...? Cuéntame... cuéntame...

Angela. Ya te contaré... — Por ahora baste decirte que estaba para casarme, qué mi novio tuvo que hacer un viaje á Madrid, y que al mes de estar aqui escribió que renunciaba mi mano, porque ciertas reflexiones muy serias le decidian á faltar á sus promesas.

Isabel. Vea usted! — No se debia permitir viajar á los novios.

Angela. Ya te harás cargo de lo que sería para mí este golpe! Mi pobre papá para distraerme me trajo á Madrid... donde, por desgracia, he estado de enfermera desde que llegué; pero por fin he aprovechado este ratillo, en que salí á compras con la doncella, y he venido á verte.

Isabel. Qué bien has hecho! Ya verás, Angelita, cómo entre todos logramos hacerte olvidar ese pícaro lance. Y aqui en Madrid... quién sabe...? puede que halles otra cosa mejor.

Angela. Qué! Si dicen que en la corte no es donde se ha de buscar la constancia.

Isabel. Pues digo, en las provincias... traslado á tí!

Angela. Por seguir la moda!

Isabel. Y no sospechas el motivo de la infidelidad de tu novio?

Angela. Estoy segura de que me ha sacrificado á alguna nueva pasion.

Isabel. Sí? Pues es preciso que hagamos por vengarte. —

Aquí verás jóvenes de lo mas amable y mas elegante... y podrás escoger entre todos... escepto uno!

Angela. Cuál?

Isabel. El que se va á casar conmigo.

Angela. Calla! te casas?

Isabel. Sí: con don Luis Roldan, un jóven muy guapo...

Angela. Dios te haga mas feliz que á mí, Isabel!

Isabel. Ya haré yo lo posible porque asi sea. Justamente cuando tú has venido estaba yo cavilando en los medios de desesperarlo para que no se acuerde de mas muger que de mí.

Angela. Desesperarlo...? Pues qué, por ese medio se hace una amar?

Isabel. Ya verás...! Ven conmigo, te presentaré á mi hermana: ella no te conoce; pero yo la he hablado mucho de tí.

Angela. No, ahora no: papá no está bueno todavía, y le haré falta. Me voy.

Isabel. Tan pronto!

Angela. No queria mas que darte un abrazo, y que supieses que habia llegado. A Dios, querida: pronto volveré á verte.

Isabel. Cuidado! Yo te iré antes á visitar. Vives en la misma casa del general?

Angela. Sí, en el cuarto segundo. — Probablemente habrá llegado ya.

Isabel. Le daré la noticia á mi hermana, que se alegrará mucho.

Angela. A Dios, hermosa!

Isabel. A Dios! (*Se besan: Angela se va por el foro.*) Pobrecilla! Engañarla ese pícaro novio! Ella es tan bonachona...! como yo con Luis! No es asi mi hermana, y por eso los tiene tan sujetos. Esa lo entiende!

ESCENA VI.

LA DUQUESA. DOÑA ISABEL.

Duquesa. Isabel...! qué haces aquí tan sola?

Isabel. Ay! Clara, si vieras qué alegría he tenido!

Duquesa. Cuál es?

Isabel. Mi mejor amiga de colegio, Angelita Herrera, que ha llegado á Madrid, y ha venido á verme.

Duquesa. Y por qué no me la has presentado?

Isabel. Tenia prisa por volver á cuidar á su padre, que está algo malo: es un amigo antiguo del general Bernal: viven en su misma casa; y Angelita me ha dicho que el general debia llegar hoy.

Duquesa. Hola...! (*Aparte.*) Bien sabia yo que volveria.

Isabel. Ya vendrá á verme otro dia, y te la presentaré.

Duquesa. Sí: deseo conocerla.

Isabel. Y es preciso que tratemos de distraerla: tiene una pesadumbre...!

Duquesa. Bien; pero no piensas en vestirte? Luisito vendrá, y no estarás lista para ir al baile.

Isabel. No importa. No pienso que me acompañe.

Duquesa. Cómo?

Isabel. Ni bailaré con él esta noche.

Duquesa. Y por qué?

Isabel. Porque... qué sé yo!

Duquesa. Caprichos...! Y si se enfada?

Isabel. Él se desenfadará.

Duquesa. Quién sabe!

Isabel. Ba! No he visto yo un millon de veces al general Bernal marcharse de aqui enfadado...? Y cuánto duraba?

Duquesa. Isabel, no seas loca. — No dices que quieres mucho á Luis?

Isabel. Sí que le quiero mucho!

Duquesa. Entonces, por qué quieres afligirlo?

Isabel. Pues qué, hermana, tú aborreces al general Bernal? No lo creo.

Duquesa. Y á tí quién te mete...?

Isabel. Toma! Yo hago mis observaciones. Cuando el general venia á verte tan ufano, tan contento, tú le ponias una cara...! le despreciabas, le reñias... Y cuando él se ponia de mal humor, al momento cambiabas, te mostrabas tan alegre, tan risueña... y eso le desesperaba, y le hacia ponerse...

Duquesa. (*Sonriendo.*) Furioso...! pero qué furioso...!

Isabel. Y mas enamorado que nunca. Pues bien, yo voy á hacer esa prueba.

Duquesa. Qué estás diciendo, Isabel?

Isabel. Sí, sí, quiero imitarte: quiero hacer con Luis lo que tú hacias con el general.

Duquesa. Y si Luis se va, y no vuelve?

Isabel. Vaya! pues no volvia siempre el general?

Duquesa. Isabel, te prohibo pensar en semejantes locuras. Tu situacion no es igual á la mia; y hay cosas que una niña no debe aprender, porque se espone á interpretaciones siniestras, ó á riesgos fatales.

Isabel. Pero, Clara, mis amores con Luis son tan sosos...! Tiene él una calma...! Yo quisiera un poco de tempestad... aunque no fuera mas que por variar.

Duquesa. Vamos! No vuelvas á pensar en esas estravagancias, Isabel. Anda á vestirte, y déjate de jugar con fuego.

Isabel. (*Aparte, yéndose por la derecha.*) Tú dirás lo que quieras, pero yo he de aventurar la prueba.

ESCENA VII.

LA DUQUESA.

Esta niña ha perdido el juicio! Coqueterías á su edad...! Yo estaré á la mira. —Con que el general está de vuelta... y mas enamorado que nunca...? No me coge de nuevas. Y qué cartas me ha escrito...! qué cartas tan elocuentes, tan tiernas...! pero siempre tan exigentes...! Vamos, es preciso decidirme... Es mucho mundo este! Porque una recibe con amabilidad á un hombre, porque hace justicia á las prendas eminentes que le adornan, ya es forzoso sacrificarle la libertad... ya es de precision que la duquesa del Puerto se convierta en la generala Bernal. Estamos frescos! qué hombres estos! No puede una soltar una palabra sin que la tomen al pie de la letra. Verdad es que yo casi, casi le he dado derecho á esperar... Y si he de decir lo que siento, es el único hombre que no me parece del todo indigno de semejante sacrificio...— Pero qué estoy diciendo...? No hay uno, uno solo que lo merezca...! y las espresiones que he soltado no me comprometen á nada. Pues señor, preparémonos á sostener violentos ataques...! Pero no hay miedo: me defenderé con valor.

Un lacayo. El señor don Valentin Rompelanzas.

Duquesa. Don Valentin...! y qué me quiere?

Lacayo. Desea tener el honor de hablar á S. E. la señora duquesa.

Duquesa. (*Aparte.*) El íntimo amigo del general...! A qué

vendrá? (*Al lacayo.*) Que entre. (*Vase el lacayo.*) No sé qué me da el corazon...! Este don Valentin, hombre tan raro...! apenas le he visto dos veces...

ESCENA VIII.

DON VALENTIN. LA DUQUESA.

Duquesa. Pase usted adelante, caballero.

Valentin. Señora duquesa, usted me ha de perdonar que haya insistido en presentarme...

Duquesa. El amigo del general Bernal puede estar seguro de que me dará mucho gusto siempre que venga á verme.

Valentin. En calidad de tal me presento aqui, señora, y de él es de quien vengo á hablarla á usted.

Duquesa. Cómo? le ha sucedido alguna desgracia?

Valentin. Todavía no; pero poco tardará en sucederle.

Duquesa. Qué quiere usted decir?

Valentin. Que despues de un mes de ausencia va á llegar...

Duquesa. Y qué?

Valentin. Y la va á ver á usted.

Duquesa. Cómo! — Sabe usted que ese chiste podria calificarse de insulto, caballero?

Valentin. No es esa mi intencion, duquesa.

Duquesa. Vamos, sírvase usted esplicarse.

Valentin. Eso haré, ya que usted me lo permite. Pero ante todas cosas, ruego á usted que me disimule si acaso mi lenguaje no se ajusta estrictamente al que se usa por aqui en la alta sociedad: yo no la trato mucho.

Duquesa. Ya lo voy notando.

Valentin. Gracias, señora. — Empiezo, pues. — Hace quince años...

Duquesa. Perdone usted...! Se me figura que lo toma usted de muy lejos...

Valentin. Es verdad, señora; pero ya iré llegando. Para que usted entienda el paso que doy, es necesario que sepa el origen y la naturaleza de mis relaciones con el general Bernal. Hace quince años que salió él del colegio militar, y yo del de San Carlos: nos habiamos criado juntos, y juntos emprendimos la carrera: él entró de alférez de artillería, y yo de cirujano de ejército en el mismo cuerpo. Andando el tiempo, llegó él, á fuerza

de cañonazos, á general; y yo, á fuerza de lancetazos, á cirujano mayor.

Duquesa. Todo eso ya lo sé.

Valentin. Corriente! Pero lo que quizá no sabe usted es que nuestros caractéres son muy opuestos, y nuestra conducta mucho mas. Bernal, hombre sencillo y cándido, como todos los que tienen un talento superior, no ha pensado en su vida en otra cosa que en la estrategia, en las batallas, en la gloria... Yo, los ratos desocupados los he empleado en otras aventuras, no tan científicas; de suerte que ambos hemos llegado á esta época crítica de la vida, yo con una alma taimada y dura como un guardacanton, y él con un corazon inesperto y cándido.

Duquesa. Dónde va usted á parar?

Valentin. A esto, señora. Facil era prever que el dia menos pensado pararia Bernal en enamorarse; y que este sentimiento, nuevo para él, ejerceria grande influencia en la suerte de su vida. Todo dependia de la muger que encendiese la primera llama en su corazon: miedo me daba pensar en ello...! y asi ha sido. Mi amigo la conoció á usted, y la desgracia que yo temia se verificó!

Duquesa. Desgracia...? Oiga usted...!

Valentin. Señora, me ha ofrecido usted disimularme: ya la he dicho á usted que soy poco florido en mis discursos. Pues sí señor, desgracia! Yo he visto nacer esa pasion en mi amigo; pasion que usted formó empeño en atizar: él no la buscaba á usted; usted fue quien lo atrajo. Miraditas... suspiritos... indirectas dulces... todo lo puso usted en juego, y con que fin? con el de que viera el mundo de rodillas á las plantas de usted á un hombre tan superior á los demas. Durante un año he sido yo confidente de sus penas, testigo de ese tira y afloja de temores y esperanzas con que lo ha estado usted zarandeando á su gusto: su fama de usted habia llegado á mis oidos, y la situacion de mi infeliz amigo me afligia. Nada he perdonado para curarlo: empecé por decirle pestes de usted...

Duquesa. Hola!

Valentin. Sí, señora, pestes! Le probé que usted no llevaba mas intencion que la de atormentarlo, convertir en esclavo sumiso al hombre que escitaba la admiracion

general; y que cuando menos se lo esperase le plantaria usted honitamente, despues de haberse divertido con su amor y su desesperacion.

Duquesa. Caballero...!

Valentin. Oh! es que yo tambien sé lo que es la coquetería. En una ocasion tuvo la bondad cierta ninfa de ejercerla en mi persona...

Duquesa. (*Sentándose.*) Tuvo buen gusto!

Valentin. Al principio de la campaña... hace ya siete años. Una hermosa navarra, tan hermosa como usted... y como usted, incapaz tambien del mas mínimo sentimiento amoroso... Saturnina se llamaba... Bonito nombre, no es verdad?

Duquesa. Qué me importa á mí...?

Valentin. Me hizo cara... me enredó en sus lazos como un pajarito... y ha de saber usted que se burló de mí!

Duquesa. Cosa particular!

Valentin. No por cierto! Una noche que estaba yo en su cása, oigo ruido... ella me dice que era su padre... ó su tio... qué sé yo...! me obliga á escaparme por un balcon... salto, y me rompo esta pierna... Y al dia siguiente supe que no habia tal padre, ni tal tio, sino otro amante que iba á pedir su vez.

Duquesa. Vuelvo á decirle á usted que ese lenguaje...

Valentin. Son pormenores, para probarle á usted que he aprendido la ciencia á espensas mias. — Desde aquel punto he sido enemigo declarado de las coquetas, les he hecho una guerra sangrienta; y asi no estrañará usted mis esfuerzos para librar á mi amigo de las redes en que usted lo ha atrapado. Desgraciadamente, por mas que le he dicho, ha sido predicar en desierto.

Duquesa. Lástima de elocuencia!

Valentin. Entonces me propuse tentar otro medio: apelé al sistema omeopático, á ver si servia de algo. Le busqué una jóven rica, millonaria...

Duquesa. Hola! Y él inmediatamente...

Valentin. Me echó á la calle.

Duquesa. (*Riendo.*) Ah! ah...! pobre don Valentin!

Valentin. Parece que eso la gusta á usted, eh? pues á mí maldito! Viendo que eso fallaba, hice que le diesen una comision.

Duquesa. Ya! Fue usted quien le obligó á marcharse?

Valentin. Yo mismo; porque á cada instante estaba temiendo que le hiciese usted matarse.

Duquesa. Matarse! (*Se levanta.*)

Valentin. Sí, señora, matarse! porque se le metió en la cabeza que era insultarla á usted decir que es coqueta, y desafiaba á todos los que lo decian: ya ve usted si le lloverian lances!

Duquesa. Qué locura!

Valentin. Muy grande! Usted le ha hechizado, señora...! y mejor fuera que le hubiese dado una pulmonía; porque eso... con unas cuantas docenas de sanguijuelas... pero contra el amor no hay sanguijuelas que valgan.

Duquesa. Me parece que no se quejará usted de la paciencia con que le estoy escuchando hace media hora: con que, si usted se dignase concluir...

Valentin. Voy allá, señora. El general Bernal está de vuelta en Madrid, y es claro que los tres volveremos de nuevo á la faena que tenemos hace un año: usted á burlarse de él; él á forcejear en su cadena, sin tener valor para romperla; y yo á verle padecer dia por dia, y á maldecir, y á enviarla á usted á...

Duquesa. Caballero...!

Valentin. Ya que usted lo adivina, es inútil que acabe la frase. Ahora bien, señora: yo estoy resuelto á hacer que esto concluya; y con ese fin he venido á ver á usted.

Duquesa. De veras?

Valentin. Con que, clarito; sí, ó no, como Cristo nos enseña: duquesa, quiere usted casarse con mi amigo?

Duquesa. No sospecha usted tener algo de loco, don Valentin?

Valentin. No señora; ni pizca.

Duquesa. Pues si no está usted loco, con qué derecho me dirige usted semejante pregunta?

Valentin. Con el derecho que tengo para no permitir que un hombre á quien quiero, y por el cual daria mi sangre, sea juguete de sus zalamerías de usted, de sus antojos, de su vanidad, de sus caprichos... Con ese derecho.

Duquesa. Si no fuera porque tengo ya noticias de lo estravagante que es usted, y porque al cabo me estoy divirtiendo en oir sus majaderías... hubiera hecho ya con usted lo que me ha dicho que hizo su amigo.

Valentin. Echarme á la calle?

Duquesa. Aqui no estamos en Navarra, y yo no le obligaré á usted á salir por el balcon: alli tiene usted la puerta.

Valentin. Es verdad: por el balcon sería mucha obra!

Duquesa. Creo que me habrá usted entendido?

Valentin. No es dificil; pero ha de saber usted que yo no me voy asi.

Duquesa. Cómo se entiende...?

Valentin. Usted no sabe quién es Valentin Rompelanzas, señora! Lástima que no sea él quien se haya enamorado de usted!

Duquesa. Efectivamente, es lástima!

Valentin. Oh! entonces la cosa andaria de otro modo. Pero en fin, sino soy yo, como si lo fuera; porque es otro yo, y haré por él lo que haria por mí.—Hablemos en plata, duquesita. Qué es lo que le impide á usted casarse con el general? Si usted es rica, él es tan rico como usted: si usted es duquesa, él es teniente general. si su apellido de usted es noble, el suyo es glorioso. Con que... vamos! qué demonio...! un buen ánimo, y arremeta usted con él... sin ejemplar!

Duquesa. Con usted no hay mas que dos partidos: reirse, ó enfadarse.—Prefiero reirme.

Valentin. Corriente; pero reirse no es responder.

Duquesa. Con que por fuerza he de responder? He de negociar un casamiento por embajador?

Valentin. Justamente; pero yo no quiero respuestas diplomáticas. Escuche usted: Bernal viene tan enamorado como se fué, porque usted le ha escrito tales cartas, que él ha creido ver en ellas el logro de sus esperanzas.

Duquesa. Eso ha visto?

Valentin. Los hombres de corazon noble son muy tontos, no es verdad? Yo que tengo el mio con callo, he dicho al instante: esta se ha cansado de tenerlo ausente, la falta un juguete con que divertirse, y él será muy necio si hace el menor caso de sus palabras. Asi, sin que él lo sepa, he dado este paso con usted para ir de una vez al vado ó á la puente: es preciso que esto se acabe. Con que, vamos, señora, dígame usted de una vez si me engaño, ó si he adivinado el juego.

Duquesa. Su penetracion de usted es tal, señor don Valentin, que sería una ofensa de mi parte negar lo que usted afirma.

Valentin. Enhorabuena! Es decir que he acertado? Es decir que no se casará usted con él, á pesar de tantas promesas, de tantas esperanzas? Es decir que su intencion de usted es continuar atizando su amor, para seguir burlándose de él?

Duquesa. Sea cual fuere el partido que adopte, es probable que no le tome á usted por confidente.

Valentin. Bien. Pues yo, señora, la declaro á usted una guerra implacable!

Duquesa. (*Riendo.*) Ah, ah...! qué miedo...! la guerra de don Valentin!

Valentin. Sí, ríase usted lo que quiera; pero la repito que estoy resuelto á ser el vengador de todos los que usted ha atormentado... y ya sabe usted que el número es grande! Piensa usted que una muger tiene derecho para fingir lo que no siente? para dar esperanzas que no piensa realizar? para destrozar el corazon de un hombre tierno y confiado? No señora! si esta es su táctica de usted, yo quiero ponerle un término.

Duquesa. Me parece, señor don Valentin, que la visita ha sido larga. Tengo que hacer: con permiso de usted...

Valentin. Vaya usted con Dios, señora. (*Sacando el reloj.*) Solo la advierto á usted que dentro de pocas horas tendré el gusto de volver á ver á usted.

Duquesa. Espero que no será asi.

Valentin. Oh! sí será! Y tambien creo hallarla á usted entonces mas blanda que un guante.

Duquesa. Qué significan esas palabras?

Valentin. Yo la he declarado á usted la guerra, pero no es cosa de irla á decir mi plan de campaña. Bástele á usted saber que curaré á mi amigo del amor que la tiene á usted.—Hasta la vista, señora.

Duquesa. Usted podrá no ser hombre de mal fondo, pero ridículo...? hasta no mas! (*Vase riendo por la izquierda.*)

ESCENA IX.

DON VALENTIN.

Con que soy ridículo, eh? Lo veremos, duquesita, lo veremos...! Ea, el combate ha empezado, y se batirá bien el cobre, voto á sanes! No faltaba mas sino que yo dejase á

mi amigo morirse de consuncion, siendo la fábula y el ludibrio de estas señoronas empingorotadas! Arre allá, coquetas...! á divertirse con un mono, y no con el mas bizarro general del ejército español. No saben ellas quién es Valentin Rompelanzas...! Pues yo haré que lo sepan. En cuanto á la duquesita, mi plan está combinado, y verá la que yo le enredo, y si es poco enemigo un cirujano mayor de ejército. Empiece el ataque. — Señora duquesa, prepárese usted! — (*Al irse por el foro, salen por la derecha doña Isabel y don Luis, á los cuales saluda.*)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL. DON LUIS.

Luis. Quién es ese?

Isabel. Don Valentin, un amigo del general Bernal: habrá venido á ver á mi hermana.

Luis. Con que, Isabel, basta de caprichos. Si te empeñas en que no he de acompañarte al baile, me voy, y mira que no vuelvo mas!

Isabel. Ya volverias.

Luis. Que volveria? Quieres hacer la prueba?

Isabel. Vamos! no te formalices! (*Aparte.*) Yo no sé hacer esto como mi hermana: asi que me dice que no volverá, Ea, ya no sé de dónde estoy de pie!

Luis. No sé de dónde has sacado hoy este nuevo registro! Ea, me voy?

Isabel. Capaz serias de hacerlo!

Luis. Si tú lo deseas...

Isabel. Demasiado sabes que no!

Luis. Pues entonces, á qué viene atormentarme? No volverás á hacerlo, verdad, Isabel?

Isabel. No, que yo tambien padezco!

Luis. Isabel mia! — Dame tu mano. (*Se la besa.*)

Isabel. (*Aparte.*) Vamos, no sirvo para esto.

Un lacayo. El señor general Bernal.

Isabel. Ah!

ESCENA XI.

DON LUIS. DOÑA ISABEL. EL GENERAL.

General. Oh! Isabelita! qué dichoso encuentro! Señor don Luis, á la orden de usted.

Luis. Mi general, muy bien venido!

Isabel. No esperaba yo tener el gusto de ver á usted tan pronto, aunque ya me habian dicho que llegaba usted hoy.

General. Pocas horas hace que he llegado.

Isabel. Voy á dar la noticia á mi hermana; porque supongo que á ella será la visita.

General. Si tiene la bondad de recibirme, será un placer para mí.

Isabel. (*Sonriendo.*) Sí señor, sí: creo que tendrá esa bondad!—Hasta luego, Luis: vuelve pronto para ir al baile juntos.

Luis. Seré puntual: á Dios.—(*Saluda al general y se va.*) Mi general... (*Isabel se va por la izquierda.*)

ESCENA XII.

EL GENERAL.

Vuelvo á poner el pie en esta casa, donde tanto he padecido, y donde siempre me dejo arrastrar á pesar mio!—En este mes de ausencia se me figura que no he existido. Voy á verla! pero no ya caprichosa y coqueta, como antes de mi partida: sus cartas me dicen que este viaje la ha entristecido... Ah! qué preciosas cartas! ellas han decidido mi suerte! Y Valentin empeñado... Es un visionario! Cuántas tonterías me ha dicho en las pocas horas que hace que llegué! Él no la conoce.—Qué dichoso voy á ser...! Ah! sí! suyo es mi corazon por toda la vida!—Oigo pasos...! ah! ella es...!

ESCENA XIII.

LA DUQUESA, *en trage de baile.* EL GENERAL.

Duquesa. Oh! general...! muy bien venido!

General. Señora...!

Duquesa. Escuso decir á usted cuánto me complace volverle á ver; y es un placer que ya esperaba, porque me habian anunciado su vuelta de usted. — Veo que no ha perdido usted la costumbre de venir diariamente á esta hora á visitarme; y agradezco mucho la memoria y la exactitud.

General. Me parece que es harto natural...

Duquesa. La exactitud es ya una galantería.— Vamos, siéntese usted aqui, á mi lado, como antes de marcharse; y ante todas cosas, perdóneme usted.

General. (*Sentándose.*) Perdonar á usted...? qué?

Duquesa. Que le haya hecho esperar.

General. Una eternidad esperaria yo con paciencia, si al fin habia de ver la divinidad que veo!

Duquesa. Hola! cumplimientos!

General. Pueden serlo el llamarla á usted divinidad? Pero está usted tan acostumbrada á oirlo! Y la divinidad no concederá á este ser que llega á sus plantas el favor de besarla respetuosamente la mano?

Duquesa. (*Dándole la mano.*) Eso... cómo puede negarlo?

General. (*Besándosela.*) Ah! Clara! Con que esta vez no me he engañado? Las cartas que he leido, y que me han hecho volar de nuevo á estos sitios, espresan los sentimientos de ese corazon? Por fin ha conocido usted que un año entero de tormentos, de incertidumbre y de amor, merecia alguna recompensa?

Duquesa. Ay! Dios mio! Ya me asusta lo que dice usted que le he escrito!

General. La asusta á usted...? y por qué? No, Clara: usted se ha convencido de que ya debia poner término á una prueba tan larga y tan cruel... porque ya veo que era una prueba y nada mas. Usted se ha hecho cargo de que un soldado, que solo ha vivido en campaña, no podia saber esa estrategia de sociedad, y á 32 años de edad la ofrecia á usted un corazon que no habia esperimentado otra conmocion que la de los combates: un corazon nuevo, que la amaba á usted con todo el entusiasmo del primer amor, con toda la candidez de un niño!

Duquesa. La cancion de todos! Querer hacernos creer que es la primera pasion: eso no pasa de una galantería. Ami-

go mio, nosotras en ese punto sabemos á qué atenernos. Ustedes se empeñan en engañarnos; y nosotras pobres, nos dejamos engañar; porque vemos en esa ficcion un homenage que se rinde á nuestra vanidad.

General. Yo engañar...! usted lo cree...? Oh! no es posible! Harto tiempo me ha visto usted á sus pies, esforzándome por ablandar su corazon, implorando una dulce mirada, esperando la única palabra que puede hacerme feliz en la tierra!

Duquesa. Pues bien! eso es querer: solicitar y esperar.

General. Pero es que el que solicita puede al cabo indignarse contra la insensibilidad del poderoso, puede cansarse de esperar inútilmente.

Duquesa. La paciencia es la mas útil de las virtudes.

General. Pero tambien la paciencia se acaba. Y le agradezco á usted mucho que no haya dilatado por mas tiempo la prueba que estaba haciendo con la mia.

Duquesa. (*Sonriendo.*) Mucha prisa trae usted!

General. No! Las cartas que le he escrito á usted pintándola mi amor y desesperacion, han merecido por fin respuesta: usted me ha hecho una promesa, y la cumplirá. Ah! no, ya no puede usted negarme el premio de tanta constancia y tanta sumision.

Duquesa. El premio...! el premio...! Seguramente viene usted con ideas singulares! Qué ha hecho usted que merezca un premio! Tuvo usted á bien venir á visitarme diariamente, y yo le recibí con la franqueza y el cariño de una buena amiga: es este el gran mérito? — Mi conversacion le pareció á usted sin duda agradable, y la prefirió usted á buscar distracciones en otro sitio: yo tambien, por mi parte, confieso que la de usted me agradaba. Pero en fin, estas son cosas recíprocas: estamos pagados: no nos debemos nada.

General. (*Levantándose con ímpetu.*) Nada!

Duquesa. (*Retirando su silla.*) Ay! Dios! No grite usted de ese modo!—Jesus! qué mal tono!—Me ha asustado usted!

General. Es que hay momentos, señora, en que uno no puede contenerse. Pido á usted perdon: la palabra que ha pronunciado usted... ese *nada* tan cruel, es para seguir probándome sin duda...? Yo debí adivinarlo. Pero cuando estoy á su lado de usted un solo pensamiento me ocupa: la razon calla, cuando habla el corazon.

Duquesa. (*Sonriendo.*) Procure usted que el suyo no hable tan alto.

General. (*Sentándose.*) Sí; soy un loco! no debo mostrar desconfianza: la promesa que me ha hecho usted en su carta no se verá desmentida: no, ya no debe usted hacerlo, ni puede; y va usted á confirmar sobre mi corazon una esperanza... (*Asiéndola las manos.*)

Duquesa. (*Soltándose y levantándose.*) Cuidado, hombre...! que me arruga usted todo el trage!

General. (*Levantándose.*) Clara!

Duquesa. Qué maneras se adquieren por esas provincias!

General. Vamos, deje usted ese tono frio y burlon; yo se lo suplico!

Duquesa. Silencio...! alguien viene.

Un lacayo. (*Trayendo un ramo.*) Señora...

Duquesa. Qué hay? Qué quieres?

Lacayo. Han traido este ramo para V. E.

Duquesa. De parte de quién?

Lacayo. Del señor don Fernando de Lara.

General. (*Aparte.*) Fernando de Lara!

Duquesa. (*Tomando el ramo*) Bien: vete. (*Vase el lacayo.*)

General. Con que usted conoce á don Fernando de Lara?

Duquesa. Sí señor: y qué?

General. Que ese jóven...

Duquesa. Es mas amable y mas galante que usted. Él me envia un ramo, y usted por poco me hace tener que ponerme otro vestido.

General. Clara, cuando es un amante, un esposo, el que...

Duquesa. Oh! un esposo...!

General. Clara, las promesas son sagradas: yo he recibido una de usted...

Duquesa. Está usted seguro de que yo le he prometido serlo suya?

General. Cómo si estoy seguro? Aqui está la carta; sobre mi corazon... (*Va á sacarla.*)

Duquesa. (*Deteniéndolo.*) No, no: no hay necesidad: déjela usted ahí.

General. Qué oigo...! Es esto creible? Pero usted no querrá burlarse de mí? Usted no querrá quitarme esta esperanza, que es mi existencia? Usted no querrá hacerme ver que es como tantas otras que fingen el

amor ? Y si es asi, por qué me ha pedido usted la vida? por qué la ha aceptado usted ?

Duquesa. Yo no le he pedido á usted semejante cosa, amigo mio!

General. Amigo! Se atreve usted á darme ese nombre despues de haberme engañado y atormentado hasta este punto ? — Cuidado, señora! Hay hombres que aguantan mucho tiempo, pero que no perdonan cuando llegan á conocer que se han estado burlando de ellos... ! y uno de esos hombres soy yo.

Duquesa. Hola ! amenazas ? Solo falta que me declare usted la guerra como don Valentin.

General. Qué quiere usted decir ?

Duquesa. Que su amigo de usted es un pobre embajador ! y no le aconsejo que siga la carrera diplomática.

General. Señora , yo no sé qué paso, quizá imprudente, le habrá hecho dar á Valentin la amistad que me profesa... Lo que sé es que por última vez me presento á usted á pedirla que ponga término á mi largo padecer : lo que sé es que he recibido de usted una promesa, y que reclamo su cumplimiento.

Duquesa. Qué quiere usted que le diga, amigo mio? Si yo le he hecho á usted esa promesa... (cosa que no recuerdo) he hecho mal.

General. Cómo?

Duquesa. Yo le recibiré á usted en casa con mucho gusto; pero, la verdad, no estoy decidida á volver á casarme, no le quiero á usted lo bastante para llegar tan allá. Mas adelante... veremos !

General. Oh! eso es una burla!

Duquesa. (*Yendo á mirarse al espejo.*) No: lo digo con toda formalidad !

General. Qué hace usted ?

Duquesa. Amigo mio, ya es la hora del baile. Usted ha corrido la posta, y debe estar cansado.

General. Clara!

Duquesa. (*Tirando del cordon de la campanilla.*) Basta por Dios ! Dejémoslo por hoy. (*A una doncella que sale.*) Mira este rizo que se ha descompuesto un poco.— Con permiso de usted , general. (*La doncella la compone el tocado.*) Bien está. Di que arrimen el coche. (*Vase la doncella.*) Está usted enfadado?

General. Yo? no, señora; todo lo contrario! Acaba usted de hacerme un señalado favor: algo tarde, es verdad; pero no importa: le doy á usted muchas gracias!

Duquesa. No creo que haya por qué.

General. Sí, señora: el tormento que yo sufria no puede matar, sino mientras está mezclado de esperanzas; pero en desapareciendo estas, ya no hay peligro: se deja de padecer.

Duquesa. Calle usted...!

Un lacayo. El coche de S. E. está á la puerta.

Duquesa. Bien. Hasta la vista, general.

General. Nunca mas!

Duquesa. (*Aparte, yéndose.*) Mañana vuelve.

ESCENA XV.

EL GENERAL.

Esto se acabó! Tenia razon Valentin! no hay mas que vanidad en ese corazon seco y helado! Ah! qué horrible modo de despertar! Desde hoy no verá en mí sino los mas frios desdenes! y aun esa es poca venganza! Yo quisiera hacerla entender, hacerla esperimentar toda la amargura que tiene lo que me está haciendo padecer...! Ah! cuánto daria por verla una hora en mi poder para confundirla á humillaciones y desprecios!

ESCENA XVI.

EL GENERAL. DON VALENTIL.

Valentin. Y qué ha habido?

General. Ah! eres tú, Valentin? Qué buscas aqui?

Valentin. Vengo á felicitarte. Tu adorada duquesa habrá colmado ya tus deseos? Eres el mas feliz de los hombres, eh?

General. Tengo destrozado el corazon! Mis esperanzas, mis ilusiones... todo ha desaparecido!

Valentin. (*Riendo.*) Calla...! esas tenemos...? Y tú sigues adorándola?

General. La aborrezco, y la desprecio!

Valentin. Enhorabuena!—Con que se ha burlado de tí?

General. Acaba de marcharse á un baile.
Valentin. Sí; pero no sabe ella á qué baile la van á llevar. He dispuesto mi plan, y verás cómo brinca!
General. Qué estás diciendo?
Valentin. Vente conmigo, y lo sabrás.
General. Esplícate!
Valentin. Aqui no: vamos á la calle. Si no te haces de miel, hoy quedas vengado. (*Se lo lleva.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa una sala en casa del general Bernal: hay una puerta en el foro, y otra á la izquierda. Al mismo lado un sofá. A la derecha una mesa, y en ella un quinqué encendido. En el foro hácia la izquierda un atril, y sobre él una flauta y un cuaderno de música.

ESCENA PRIMERA.

DON VALENTIN. EL GENERAL.

(*Salen por el foro al levantarse el telon.*)

General. Pero, hombre, estás en tu juicio? Un rapto!

Valentin. Sí, señor, un rapto, un rapto en toda regla. He hecho emborrachar á cochero y lacayo: he puesto en su lugar dos hombres de mi confianza: la harán dar un rodeo por esas calles para que tengamos tiempo de llegar, y dentro de un instante la taimada duquesa se hallará en esta sala, prisionera de guerra del general Bernal y de su amigo Valentin.

General. Valentin, esa accion es infame, y yo no consiento en ser tu cómplice.

Valentin. Volvemos al tema? No me decias al salir: "la aborrezco y la desprecio: daria cuanto valgo por tenerla una hora en mi poder, para humillarla á desprecios? Pues bien: yo voy á realizar lo que tanto deseabas; y cuando te lo pongo en la mano retrocedes? Anda, anda á echarte otra vez á sus plantas, y á pedirla perdon por la burla que te ha hecho!

General. Eso no! yo quiero vengarme.... Sí, vengarme...! Los tormentos que me ha hecho sufrir han sido demasiados crueles! Pero qué amante, por indignado que esté, imagina semejante medio de vengarse?

Valentin. Y piensas tú que se debe hacer lo que haria cualquier amante, tratándose de una muger que no se parece á las demas mugeres? de una muger que es escepcion en su especie? Ella se ha divertido en atormentarte: diviértete ahora tú en atormentarla: ella se ha mofado de tí un año: mófate de ella una hora. Aun no quedais pagados.

General. Pero es que tendrá derecho para despreciarme; porque no me habré portado como caballero.

Valentin. Despreciarte...? Qué desatino! No se desprecia sino al que está debajo: al que está encima se le teme; y tú ahora vas á ser su tirano. Desde hoy cambiais de papeles.

General. Lo crees así?

Valentin. Respondo con mi cabeza. Tú no has querido escucharme, te has entregado en poder de una sierpe que te ha emponzoñado usando de astucias infernales; y aun la compadeces? aun serás tan alma de cántaro que olvides sus delitos y tus tormentos? Pues yo no los olvido! — Cuando te he visto mil veces desesperado, y á dos dedos de pegarte un tiro, me arrancaba los cabellos de rabia, y si entonces pillo á esa muger, la mato!

General. Valentin...!

Valentin. No te asustes: no trato de matarla; pero sí de vengarte.

General. Y qué fin tendrá este paso?

Valentin. Eso depende de tí. — Muéstrate implacable: procura humillarla, herir su vanidad, conmover... no su corazon, ni su alma, sino sus nervios... sus nervios: y tú verás!

General. Es posible!

Valentin. Pero cuidado con ablandarte! Si tienes la debilidad de flaquear, si ella nota siquiera una mirada dulce, eres perdido! Se te escurre de entre las manos como un pez, y no vuelves á atraparla en tu vida. Nada! duro con ella, inflexible! cada palabra tuya ha de ser una cantárida que la levante vejiga; y sobre aquella, otra! y sobre aquella, otra! Mira que esas mugeres tienen una

encarnadura endemoniada! y para llegar á ponerlas sensibles es preciso desollarlas!

General. Nunca se ha conmovido el corazon de esa muger!

Valentin. Y dudo que ahora tampoco suceda; pero adelante: á lo menos te vengarás. Si yo hubiera hecho lo mismo con Saturnina la navarra, no me hubiera roto la pierna; pero entonces era yo otro mentecato...

General. No lo seré yo mas! estoy resuelto: esa muger ha agotado toda la ternura y la indulgencia que habia en mi corazon. Sí, sí, dices bien: la humillaré... humillaré su vanidad, que es el único sentimiento que abriga en su alma. Que se vaya en seguida, y no la volveré á ver.

Valentin. Soberbio! La escena empezará por un *duo*, y luego entraré yo con una *pieza concertante* que ha de producir gran efecto.

General. Cómo?

Valentin. Déjame á mí. Tú no sabes el manejo que ha traido ella durante tu ausencia; yo sí lo sé, y la preparo una! — Se echó á reir cuando la dije que la declaraba la guerra...! Veremos quién se ríe ahora.

General. No te entiendo.

Valentin. Ten paciencia; ya me entenderás. Voy á subir al cuarto segundo, á casa de don Ramon, el padre de Angelita: ella no habrá salido, eh?

General. Supongo que no: su padre sigue enfermo; y á pesar de eso, queria volverse á Valladolid.

Valentin. Corriente.

General. Pero qué proyecto es el tuyo?

Valentin. Ten paciencia, te digo! La prisionera no debe ya tardar... Ha parado un coche... ella debe ser. Ea, serenidad y resolucion... *cara ferós á ó enemigu!*

General. No tengas cuidado.

ESCENA II.

EL GENERAL. DON VALENTIN. UN CRIADO.

Criado. Señor... ahi está la señora duquesa.

General. Ya ha llegado!

Valentin. (*Al criado.*) Dila que tenga la bondad de subir.

Criado. Si parece que se ha desmayado.

General. Gran Dios!

Valentin. Pues si se ha desmayado, que la suban.

Criado. (*Yéndose.*) Bien está.

General. Ya ves lo que has hecho!

Valentin. No creí yo que tan pronto echaría mano de ese recurso: hace mal en darse prisa: está desperdiciando municiones.

General. Y si se pone mala ?

Valentin. Qué mala...! Y ademas, no soy yo médico? yo la curaré.

General. A lo menos, vamos á...

Valentin. Quieres no moverte de aqui! (*Al criado que vuelve á salir.*) Qué es lo que ha pasado?

Criado. Primero se escamó de los rodeos que daba el coche: luego, al apearse, como estrañó el sitio, quiso echar á andar á pie; pero Antonio y Esteban la detuvieron y la dijeron, como usted habia mandado, que si daba un paso, moria. Esto la dió tanto miedo que se desmayó. Mírela usted.

Valentin. Perfectamente!

ESCENA III.

EL GENERAL. DON VALENTIN. LA DUQUESA.

(*La traen dos criados, que la colocan en el sofá, y se van.*)

General. Qué has hecho, Valentin! Esto no lo habias previsto! Una muger tímida, delicada...

Valentin. De corazon tan tierno...! no es verdad?

General. Pobre Clara!

Valentin. (*Empujándolo lejos.*) Tonto...! — No ves qué colores tiene? Apuesto á que nos está mirando: estas mugeres no se desmayan nunca mas que de un ojo.

General. No será estraño...! siempre la astucia, siempre la falsedad! — Vete, Valentin.

Valentin. Cuidado con ablandarte!

General. No tengas miedo: ya he echado el pecho al agua. Yo no hubiera dado este paso; pero ya que lo has dado tú, me aprovecharé de él.

Valentin. (*Tomando la flauta.*) Veremos. — Yo estaré ahí en el gabinete, por lo que ocurra. — Firme! — Si echa

mano de zalamerías, no la creas! Acuérdate de aquella aria. (*Canta.*) "Eres turco... no te creo..." — Estás?

General. Pierde cuidado. (*Siéntase junto á la mesa; toma un periódico y se pone á leer. — Don Valentin se va por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL GENERAL. LA DUQUESA.

(*La duquesa empieza á volver en sí: mira al rededor con asombro, y ve al general, que está leyendo muy tranquilo.*)

Duquesa. (*Con esclamacion de asombro.*) Ah...!

General. (*Alzando apenas los ojos del papel.*) Perdone usted, duquesa: ahora me tomaré la libertad de decirla lo que usted me dijo hace una hora: no grite usted de ese modo: Jesus! qué mal tono!

Duquesa. Cómo...?

General. Y ademas, será inútil que grite usted: nadie puede oirla.

Duquesa. General, en qué sitio estoy? adonde se me ha traido?

General. A mi casa, señora.

Duquesa. (*Levantándose.*) A su casa de usted...! Caballero...! (*Da algunos pasos.*)

General. (*Levantándose tambien.*) No se moleste usted: de aqui no puede usted salir sino por mi voluntad, señora! Tenga usted, pues, la bondad de permanecer en ese sofá, como en el de su casa: tan desdeñosa si usted quiere... pero tan tranquila.

Duquesa. (*Aparte, contemplándole con asombro.*) Qué mudanza...! Esto es fingido...! aqui anda la mano de don Valentin. (*Se sienta.*) Puedo preguntar, sin que sea indiscrecion, caballero, qué quiere usted conmigo?

General. Nada absolutamente, señora.

Duquesa. Luego el objeto de esta noble accion...

General. (*Sentándose.*) No estará usted aqui mucho tiempo, señora: el necesario no mas para que la hable á usted una vez con descanso, y con la seguridad de que usted me oye.

Duquesa. (*Levantándose.*) Y si yo no quiero oirlo á usted? Si quiero marcharme inmediatamente?

General. No: suplico á usted que tenga la complacencia de volver á sentarse.

Duquesa. Esto es una villanía! Es asi como trata usted de hacerse querer?

General. No; si no trato de semejante cosa.

Duquesa. (*Con sorpresa.*) Ah...!

General. No, señora.—Cuando estamos en su casa de usted, me presta usted tan poca atencion que me aburro: luego, á la menor palabra que le disgusta, tira usted el cordon de la campanilla y me pone en la calle, como pudiera usted hacer con el último de sus lacayos. Aqui es diferente: nadie puede echarme, y cuento con que tendrá usted la amabilidad de oirme hasta el fin. Por lo demas, tranquilícese usted: no soy yo hombre que arranca por la violencia lo que no ha logrado merecer.

Duquesa. (*Aparte.*) Es esto un sueño? Estoy efectivamente en su casa...? Es él quien habla?

General. Dígnese usted escucharme. — Hubo un dia en que se le antojó á usted que yo la amase; y yo la amé á usted, con un amor puro, inmenso, tan respetuoso como ardiente, tan tierno como sincero, tan grande, en fin, que rayaba en locura! Asi que lo vió usted nacer, lo alentó... y fué solo por pasatiempo, por burla: bien se ha divertido usted! — Yo no digo que se deba corresponder por fuerza á un amor de que no se participa: el hombre que quiere y no logra hacerse querer, no debe quejarse. Pero tender lazos, fingiendo amor, á un infeliz que no tiene otro cariño en el mundo; hacerle conocer la dicha en toda su plenitud, para arrebatársela luego; robarle su tranquilidad, su porvenir; matarlo...! y matarlo para siempre, emponzoñando todas las horas de su vida, ese es un crimen, señora!

Duquesa. General...

General. Poco á poco: todavía no la permito á usted responder.

Duquesa. (*Aparte.*) Qué lenguaje!

General. (*Levantándose.*) Que allá en esas frívolas sociedades que usted frecuenta, prodigue tiernas miradas y palabras seductoras á alguno de esos elegantes fátuos que andan revoloteando al rededor de usted y la hacen de-

claraciones de un amor que no sienten ni son capaces de sentir... enhorabuena! eso es jugar por ambas partes con moneda falsa, y ninguno de los dos pierde. Pero conmigo no debia ser asi, señora; bien lo sabe usted!

Duquesa. (*Tapándose el rostro.*) Oh! Dios mio!

General. Por qué oculta usted el rostro? No: sea usted fiel á su natural impávido. No ha contemplado usted mil veces con semblante sereno los tormentos que me causaba? Tranquilícese usted: yo no puedo ya padecer mas: usted ha secado mi corazon!

Duquesa. Basta, general...! basta, por Dios!

General. Yo vivia solo en el mundo, y creí haber hallado un alma que respondiese á los sentimientos de la mia: me engañé groseramente! La vida hasta aqui solo me habia enseñado lo que era padecer: usted me ha enseñado lo que es ser infeliz!

Duquesa. Oh! no...! eso no...! eso no es posible! Si fuera cierto, no me lo perdonaría jamas!

General. Hágame usted el favor de no llorar ni hacer visages; porque no creo en nada de usted. — Se acabó la magia que ejercia usted sobre mí: nada de cuanto usted finja me conmueve. — He concluido de decir, señora.

Duquesa. (*Con dignidad, levantándose.*) Enrique, si es cierto que he sido tan cruel como usted dice, derecho tiene usted de tratarme asi, y aun con mas dureza, si cabe. Pero ese amor que tanto tiempo me ha manifestado usted, no podia durar un dia mas? Si ayer era yo inocente á los ojos de usted, por qué he de ser hoy culpable?

General. El corazon se gasta á fuerza de padecer, señora! y llega un momento en que se llena el vaso, y una sola gota le hace rebosar.

Duquesa. Y sabe usted si esta misma noche quizá estaba yo pensando en nuestra futura felicidad? Sabe usted si estaba ya decidida á fiar la mia de ese corazon que tantas pruebas me ha dado de nobleza y generosidad?

General. (*Algo turbado.*) Señora...! (*Óyese dentro sonar la flauta, tocando el aire:* "ERES TURCO, NO TE CREO...")

Duquesa. (*Sorprendida.*) Qué es eso?

General. (*Reponiéndose.*) Nada, señora. — (*Aparte.*) Este es Valentin, que me vuelve el valor.

Duquesa. Dígame usted, Enrique: cree usted de veras que no he pensado nunca en hacer feliz al hombre que atormentaba con mis caprichos? Cree usted que en esos mismos momentos de capricho y mal humor de que usted se queja, no soñaba con las ilusiones de una vida entera de felicidad y amor? Y diga usted, no era natural que esperimentase algun temor, que tuviese alguna desconfianza al ir á formar un lazo que dura toda la vida? Y si yo le dijera á usted ahora: Enrique, he combatido hasta donde han alcanzado mis fuerzas; pero usted ha vencido!

General. (*Conmovido.*) Yo...! (*Suena otra vez la flauta, tocando el mismo aire.*)

Duquesa. (*Sorprendida.*) Otra vez!

General. (*Aparte.*) Ah! tiene razon Valentin: esto será otra nueva astucia...

Duquesa. Qué estraña música! — Parece que no me ha oido usted, Enrique. Calla usted?

General. Sí, señora; porque ya es imposible de todo punto que crea yo en la sinceridad de sus palabras de usted.

Duquesa. Lo ve usted! Y luego quieren que no disimulemos nuestros sentimientos! Cuando los dejamos penetrar, solo logramos hacer incrédulos é ingratos!

General. Y el llegar á serlo me ha costado bastante caro!

Duquesa. Oh! qué injusticia! (*Con ternura.*) Enrique, qué prueba bastaría á convencerle á usted?

General. Si yo no quiero ya convencerme, señora!

Duquesa. Enrique...!

General. Para qué? De hoy en adelante, como si no nos hubiéramos conocido.

Duquesa. Lo dice usted eso de veras, Enrique? (*El general titubea: ella le mira y dice aparte:*) Titubea...!

General. (*Algo conmovido.*) Yo no debo... ni quiero verla á usted mas.

Duquesa. (*Resentida.*) Siendo asi, caballero, podré esperar que me deje usted salir?

General. Sí, señora. (*Da algunos pasos hácia el foro.*)

Duquesa. (*Aparte.*) Me deja marchar...! Se acabó! — (*Se encamina tambien hácia el foro.*) Pero qué oigo...! alguien viene!

General. Es verdad: puede usted salir por esta puerta. (*Va á la de la izquierda.*) Cielos! está cerrada!

Duquesa. Qué es esto, general?

General. (*Aparte.*) Esto es cosa de Valentin!

Duquesa. (*Con dignidad.*) Enrique, no quisiera verme obligada á retirarle á usted mi estimacion... Viene gente, y no hay medio de que yo salga sin ser vista... Ha formado usted el proyecto de perderme?

General. Oh! no me suponga usted semejante infamia!

Duquesa. Pues ello es que llegan... que llegan...! y yo estoy sola con usted!

General. Crea usted que yo ignoraba... que jamas hubiera consentido... Ah! créalo usted...! créalo usted...! (*Aparece don Valentin, trayendo del brazo á doña Angela.*)

Duquesa. (*Aparte.*) Don Valentin...! Soy perdida!

ESCENA V.

DOÑA ANGELA. DON VALENTIN. EL GENERAL. LA DUQUESA.

Valentin. Con tu permiso, Enrique. — (*A la duquesa.*) Señora... beso á usted los pies.

Angela. Quizá incomodamos; pero don Valentin se ha empeñado en que baje...

Valentin. (*Aparte.*) La flauta no bastaba: era preciso salir.

Duquesa. (*Aparte.*) Qué compromiso!

General. Y qué visita es esta?

Valentin. Nada: sabia que no estabas solo, y traigo á esta niña para que conozca á esa señora. (*La hace pasar junto á la duquesa.*)

Duquesa. A mí?

General. (*Aparte.*) Qué haré?

Angela. Usted me dispensará, señora: son bromas de este don Valentin. Sabe que tengo poco trato de mundo, y se divierte en verme cortada en presencia de las señoras de Madrid.

Duquesa. (*Aparte.*) Hombre aborrecible!

Valentin. (*Aparte frotándose las manos.*) Bien la dije que nos veríamos las caras!

General. (*Aparte á la duquesa.*) No tema usted nada!— Angelita, no esperaba yo tan amable visita: como sabe Valentin que mañana marcha usted de Madrid, ha querido sin duda que tenga yo el gusto de presentarla á usted á mi hermana.

Angela. Su hermana de usted!

Valentin. (*Aparte.*) Su hermana...! Este me va á echar á perder mi plan!

General. Sí, mi hermana; á quien usted no conocia, y que noticiosa de mi llegada ha venido á verme antes de ir al baile.

Duquesa. (*Aparte.*) Ya respiro!

Angela. Y por qué no me lo ha dicho usted, don Valentin? Vaya, general, preséntemе usted á su hermana: quiero tener el gusto de decirla cuánto debo al noble corazon de su hermano.

General. (*A la duquesa, trayendo á su lado á Angela.*) La señorita doña Angela de Herrera.

Duquesa. (*Aparte.*) La amiga de Isabel...! qué encuentro!

General. Su padre fué mi compañero de armas y mi protector; y su hija es la jóven mas amable, mas candorosa...

Angela. Y mas infeliz, no es verdad?

Valentin. Sí por cierto, muy infeliz! porque...

General. Valentin!

Valentin. Hombre, déjame...! No puedo yo hablar?

General. Pero ten cuidado con lo que dices.

Valentin. Oh! no olvidaré lo que se debe á la hermana de mi amigo... Oh! una hermana...! Friolera...! Yo no he tenido ninguna hermana!

Angela. Pues yo celebro mucho que el general la tenga; asi, aunque yo me marche, no le faltará una persona que le distraiga y le consuele de sus penas. Y qué pena es sufrir la ingratitud de la persona que una quiere! Bien lo sé yo!

Duquesa. Usted, señorita, á su edad...?

Valentin. Pues á su edad se ve burlada, y se ha desecho su boda por las coqueterías de una muger trapisondista y vana que le ha levantado de cascos á su futuro. Sí, señora: el novio vino á Madrid, conoció á una coqueta, y á Dios felicidad!—Enrique conoció á una coqueta, y á Dios tranquilidad!—Yo conocí á una coqueta... y á Dios pierna!—Oh! qué mugeres!

Duquesa. (*Aparte.*) Qué suplicio! (*Al general.*) Ya se hace tarde, Enrique; me marcho. (*Da algunos pasos.*)

Valentin. (*Tomándola con mucha finura de la mano, y volviéndola á traer.*) Cómo! tan pronto! no podemos

permitirlo. Acompañe usted otro ratito á su querido hermano.

General. Pero, Valentin...

Valentin. Nada, nada! Si es tanto el gusto que me da verla aqui, que soy capaz de echar la llave para que no se vaya.

Angela. (*A la duquesa.*) Usted me perdonará si la fastidio tocando un punto que no puedo recordar sin entristecerme. Ya ve usted: nos íbamos á casar: todo estaba dispuesto: cuando un negocio de intereses obligó á mi novio á hacer un viaje á Madrid.

Duquesa. (*Aparte.*) Qué oigo!

Valentin. Vea usted...! dejar venir un novio á Madrid...! que es lo mismo que abrirle la jaula á un jilguero! Hay aqui unas culebronas...! (*A la duquesa.*) No es verdad, señora?

Duquesa. Yo qué sé?

Valentin. (*Aparte.*) Huy! qué gesto me pone...! Bueno va!

General. Angelita, es preciso olvidar eso.

Angela. Ya hago lo posible; porque don Valentin, que conoce á mi rival, y no ha querido decirme su nombre, me ha asegurado que no debo ya contar con el amor del señorito don Fernando de Lara.

Duquesa. Fernando de Lara!

General. (*Aparte.*) Don Fernando de Lara...! el que la mandaba el ramo...! Ah! ya lo entiendo todo!

Duquesa. (*Aparte.*) Esta era la novia de Valladolid!

Valentin. (*Aparte observándolos.*) Bravo...! esto se enreda!

Angela. Qué, le conoce usted, señora? le ha visto usted?

Duquesa. Sí... alguna que otra vez.

General. (*Aparte.*) Tambien esa? Ah! no sabia yo todas sus infamias! (*Va á recostarse junto á la mesa.*)

Angela. Y cómo le ha conocido usted?

Duquesa. (*Aparte.*) Ah! no perdamos la serenidad.

Angela. No me responde usted...? Pero tiene usted razon: no volveré á hablar de él: en mi corazon ya no hay sitio sino para la amistad; y esa es toda de su hermano de usted. Si viera usted él tambien qué vida pasa! qué infeliz le está haciendo una señora que llaman la duquesa del Puerto!

Duquesa. Niña!

Valentin. (*Aparte.*) Soberbio!

Angela. Yo no conozco á esa duquesa; pero lo que importa es ver el modo de que su hermano de usted rompa con ella: luego se le irá pasando, como á mí; y al cabo se olvidará de ella, como yo me olvido de Fernando.— Ah! dígame usted que le ha visto: sabe usted cuál es la muger por quien me ha dejado? Es mas bonita que yo?

Duquesa. Niña... yo... cómo he de saber...?

Valentin. Vamos, que sí lo sabrá usted! Y ya podria usted ser amable, y decirla á esta pobrecilla quién es esa que le ha soplado el novio, y qué medios infernales empleó para írselo atrayendo; porque lo que es usted... yo sé que ha visto á don Fernando á los pies de la duquesa del Puerto.

Angela. La duquesa del Puerto!

General. (*Con cólera.*) A sus pies!

Valentin. Sirviéndola de burla... como otros muchos!

Angela. Cómo! era ella...? No sé por qué me lo daba el corazon. Siempre he oido con repugnancia su nombre. Qué muger! Verse amada del general Bernal, y pensar en otro hombre! Puede usted comprender eso...? Usted que es su hermana, y sabe cuán feliz debia considerarse la muger que mereciera su amor?—Pero parece que esa señora duquesa es asi!

Valentin. (*Aparte.*) Bien por la niña de Valladolid!

Angela. (*A la duquesa.*) Usted la aborrecerá, señora, no es cierto?

Valentin. Oh! lo que es esta señora no la juzga con tanto rigor: su opinion acerca de la duquesa no es del todo imparcial.

Duquesa. Dice usted bien, señor don Valentin; y espero que ya me permitirá usted marchar. (*Dando algunos pasos hácia el foro.*)

Angela. (*Aparte.*) Qué le ha dado?

Valentin. (*Poniéndosela delante.*) Usted querrá marcharse al baile? pero no es cosa de que la dejemos ir sola: sería una impolítica...

Duquesa. Qué quiere usted decir?

Valentin. Que he mandado llamar á un caballerete muy fino y muy galante, para que la dé á usted el brazo.

General. (*Viniendo entre la duquesa y don Valentin.*) Qué oigo!

Duquesa. (*Aparte.*) Qué nueva perfidia será esta?

Valentin. Ya es hora: no puede tardar... Justamente oigo pasos.

Un criado. (*Anunciando.*) El señor don Fernando de Lara.

Angela. Fernando!

Duquesa. (*Aparte.*) Ah! qué va á ser de mí!

ESCENA VI.

DON VALENTIN. DOÑA ANGELA. DON FERNANDO. EL GENERAL. LA DUQUESA.

Fernando. (*Al general al salir.*) Me ha mandado usted llamar, general, y... Qué veo! Angela!

Angela. Angela, que no tiene parte alguna en esa llamada; y que debiendo marchar mañana mismo á Valladolid, tiene el honor de saludar al señor don Fernando. (*Da algunos pasos para irse.*)

Fernando. Usted aqui, Angela...! usted...! y la duquesa del Puerto...!

Angela. (*Deteniéndose y volviendo.*) Cómo...! La duquesa...!

Fernando. No lo sabia usted?

Angela. (*Mirándola con horror.*) Ay! Dios mio!

Valentin. (*Aparte.*) Esto la enseñará á hacer conquistas por partida doble.

General. (*Aparte.*) El golpe es terrible; pero al fin la veo castigada.

Fernando. (*A Angela.*) Angela...! apenas me atrevo á alzar los ojos delante de usted! (*A la duquesa.*) Y lo que es á usted, señora, no esperaba yo encontrarla aqui.

Duquesa. Poco á poco, caballero! (*Aparte.*) Enrique me desprecia, quiere perderme... Ah! lo que estoy pasando!

Angela. (*Asombrada.*) Con que era la duquesa!

Duquesa. (*Aparte, componiendo el rostro.*) Si me ve humillada, dejará de amarme...! valor!

Valentin. Pues sí señor: érase que se era una dama jóven y hermosa; pero tan fria, tan coqueta, tan pérfida...

Duquesa. (*Totalmente repuesta, y con tono burlon y ligero.*) Permita usted que le interrumpa, señor mio: ese exordio promete un largo y curioso romance; y yo quisiera obtener la palabra. No porque trate de impedir

al señor... don... don... Cómo es su gracia de usted? (*Colocándose en medio, entre don Fernando y Angela.*)

Valentin. Valentin, para servir á usted.

Duquesa. Ah! sí: don Valentin. Pues, como decia, no porque trate de impedir al amigo don Valentin que tenga el placer de difamar á una muger que ningun daño le ha hecho: nada de eso! Puede calumniarla, é insultarla á su sabor; pero antes que emprenda su tarea, deseo que ustedes me escuchen.

General. Y qué es lo que puede usted decir?

Fernando. Y cómo puede usted justificarse?

Duquesa. (*Riendo.*) Justificarme? Calla! Creen ustedes que yo estoy en el caso de justificarme? Gracioso sería que tuviese yo que dar disculpas porque al caballero don Fernando se le ha antojado ponerse en ridículo.

General y *Angela.* Cómo!

Valentin. (*Aparte.*) En eso puede que tenga razon.

Duquesa. Su orgullo provincial no se contentaba con la inocencia candorosa, con la ternura sincera de una jóven graciosa y bella: Valladolid no era palenque digno de sus victorias: necesitaba habérselas con una madrileña del gran tono: aqui se nos vino á dar la batalla, creyendo que podria decir como César: *llegué, vi y vencí!* Pero al pobre le faltaban elementos para sostener el combate, y al fin ha salido derrotado!

Angela. (*Aparte.*) Ella me está vengando del ingrato!

Fernando. Usted abusa, señora, de mi posicion y de la suya.

Duquesa. No soy yo quien las ha elegido, caballero.

Valentin. No: he sido yo. Pero usted no juega limpio, señora; y el mejor fullero tiene un mal cuarto de hora.

Duquesa. Es verdad...! como este, por ejemplo, en que una débil muger cae sin defensa en una grosera emboscada que no podia sospechar; porque cómo habia de figurarse que el hombre á quien tenia por el mas noble y generoso de la tierra se portaria de este modo?

General. Ah! no me acuse usted de esta accion...!

Duquesa. Ahora me toca á mí decir: poco á poco; todavía no le permito á usted responder. Aqui se me ha arrastrado violentamente, se ha intentado humillarme; pero se ha intentado á costa de la delicadeza y del honor. Quién de los dos ha perdido en el juego?

General. (*Turbado.*) Señora...

Valentin. (*Aparte.*) Si no le socorro...—Usted, señora, tiene mucho talento, y muchas camándulas; esto es cosa reconocida: lo que se ha hecho con usted sale un poco de las reglas, lo confieso: puede usted acusarnos; pero seducirnos... eso se acabó!

Duquesa. (*Riendo.*) Ah, ah...! Y qué sacaría yo con seducir al señor don Valentin?

Valentin. Es que...

Duquesa. (*Al general.*) Estoy en su casa de usted, general; estoy en ella contra mi voluntad; y sin embargo esta miserable venganza puede arruinar mi reputacion, mi honor... lo mas precioso de una muger!

General. Ah! no dude usted que sabré alejar todo peligro, toda interpretacion siniestra...

Valentin. (*Aparte.*) Anda! cobardon!

Duquesa. Yo no exijo nada de usted. Su digno amigo ha querido que á este escándalo asistieran testigos; pues bien, me esplicaré delante de ellos. No trato de negar, señores, que viéndome viuda, libre, y envidiada y solicitada, creí que debia comprar la consideracion de las gentes á costa de esa ternura amorosa que tanto se afanan los hombres por inspirarnos, y que tanto nos la motejan cuando llegamos á sentirla. Me propuse que mi cabeza fuera la defensa de mi corazon; y lo que llaman ustedes coquetería ha sido la salvaguardia de una conducta en que la maledicencia no ha podido tachar lo mas mínimo. Ustedes se rebelan contra este natural instinto que nos inclina al deseo de agradar, y nos inspira miedo á querer...? pues de ustedes es la culpa, señores mios, mas bien que nuestra: tienen ustedes palabras de almivar para seducirnos, y de hiel para juzgarnos! Todos los medios son lícitos para conquistarnos; y los que nosotras usamos para asegurar nuestras conquistas, por inocentes que sean, se califican de infames!

Valentin. Sí, sí...! inocentes...! inocentes...!

Duquesa. Sin duda! Cuáles son los que usamos? Coqueterías estudiadas... frialdad aparente... indiferencia fingida... Asi es como defendemos nuestra espirante libertad de la invasion del amor; y gracias si la lucha se dilata y nos da tiempo para conocer á fondo al hombre que se ha hecho dueño de nuestro corazon.

General. (*Aparte.*) Qué es lo que oigo!

Valentin. (*Aparte.*) Ay! ay! ay! ay...!

Duquesa. Confieso que he tenido momentos de creer que habia hallado á ese hombre cuyo amor me subyugaba; y casi me llegó á decir el corazon que la vanidad, el fausto, el brillo del mundo no equivalia á la dulzura que encierra una sola palabra de amor, pronunciada por la persona que se ama... (*Mirando al general.*)

General. (*Aparte, conmovido.*) Ah! si fuese cierto...! Ah! Valentin! Valentin...!

Valentin. (*Aparte.*) Esta es otra añagaza: no te fies!

Angela. (*Aparte.*) Si le amará de veras?

Duquesa. Pero me han dado tiempo para pensarlo, y me han hecho un grandísimo favor! (*Acercándose á don Fernando.*) Señor don Fernando, quizá el sentimiento anterior que me dominaba es el que ha estorbado que triunfase usted en la demanda: no quiero envanecerme de una resistencia que no es solo mia; y le ruego á usted que me perdone el chasco. (*A Angela.*) Cuando una es jóven y hermosa, siempre triunfa, á despecho de las coqueterías y la inconstancia; no lo dude usted, señorita; y no me guarde usted rencor. (*A don Valentin.*) Señor don Valentin, la amistad disculpa muchos yerros; y yo debo darle á usted gracias por haberme creido digna de enlazarme al hombre que usted quiere mas en el mundo. (*Con tono voluble y chancero.*) Solo á usted se le hubiera ocurrido la diablura que ha hecho conmigo...! Lástima es que haya fallado...! pero como há de ser! el negocio no estaba en sazon: su amigo de usted no me quiere ya, y yo quizá no le quiero todavía; de suerte que el casamiento que usted me proponia se hace imposible. Asi pues, he dicho; y con permiso de ustedes me marcho al baile... Tardecillo es...! pero siempre llegaré á tiempo de bailar un par de rigodones...! A Dios, señorita. Caballeros, tengo el honor de saludar á ustedes...! (*Aparte, yéndose sin poder disimular ya la conmocion.*) Sofocada estoy! pero no han logrado humillarme...!

ESCENA VII.

DOÑA ANGELA. DON VALENTIN. DON FERNANDO. EL GENERAL.

Valentin. Pues señor, que el demonio me lleve si no se acaba de burlar otra vez de nosotros. Pero no me importa: me he salido con la mia: tú ya no la quieres?
General. (*Yéndose.*) Qué sé yo!
Valentin. Ay! Dios mio! Será cosa de volver á empezar?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

LA DUQUESA.

(*Al levantarse el telon sale de su cuarto, se dirige al balcon, y luego viene al proscenio.*)

Se me figuró que paraba un coche... pero no era aqui! (*Tira del cordon de una campanilla: sale un lacayo.*) Se han llevado las cartas que mandé?

Lacayo. Sí, señora: Andrés fué á casa del señor don Valentin; y le dijeron que estaba de caza, hacia ya unos dias, y que aun no habia vuelto; pero Andrés dejó la carta, porque parece que le aguardaban hoy.

Duquesa. Bien; y la otra?

Lacayo. La que iba para el señor general Bernal? esa la llevé yo mismo y la entregué en propia mano, cuando S. E. iba á subir al coche. Se la guardó, y me dijo que no tenia respuesta.

Duquesa. Bien... bien...! Anda con Dios.—(*Vase el lacayo.*) Sin respuesta..,! Dios mio! todas sin respuesta! No le volveré yo á ver? Un siglo me parece que ha pasado desde aquel dia fatal en que al verme en su casa... y á su lado, conocí que le amaba sobre todas las cosas de este mundo!—No ha vuelto...! Le he escrito mil veces... No me ha respondido! Le he buscado en todos los sitios donde siempre nos encontrá-

bamos... Nada: no le he visto! —Dónde estará...? qué hará... Ah! si él supiese lo que está pasando en mi corazon!—Bien me lo dijo: hay hombres que no perdonan jamas!—Por qué le habré ocultado tanto tiempo mi amor? Si en vez de apurarlo, de fingirle frialdad, indiferencia, le hubiese dicho la verdad... le hubiese dicho mil veces: Enrique, yo te amo...! Ah! sí...! él lo hubiera creido... y ahora le tendria aqui, á mis pies, enamorado, delirante...!—Ah! si volviese...! si Dios hiciera que volviese...! Si por una hora no mas se me mostrase tal como le he visto durante un año entero...! Y es cosa de perder enteramente la esperanza...? Yo me muero...! no puedo vivir asi!—Dios mio! cuánto le amo...! Ah! bien vengado está...!

ESCENA II.

LA DUQUESA. DOÑA ISABEL. LA MARQUESA.

Isabel. Entre usted, tia; aqui, está mi hermana.
Duquesa. (*Yendo á abrazarla.*) Querida tia!
Marquesa. Dichosos los ojos...!
Isabel. Estás hoy mejor?
Marquesa. Eso vengo á saber. Estás desconocida...! no se te ve por ninguna parte...! Dos bailes ha dado el embajador, y no has parecido. Ni vas al Prado... ni al teatro... qué significa esto?
Duquesa. (*Sonriendo á la fuerza.*) Nada... creo que no será nada, tia.
Isabel. Y las gentes, como la ven asi, tampoco vienen por temor de incomodarla. Ni el general, que venia todos los dias... Cuántos hace que no le vemos?
Duquesa. Al general...? Qué sé yo!
(*La marquesa se ha sentado y ha tomado un periódico.*)
Isabel. Cosa mas rara...! He estado por preguntárselo.
Duquesa. Tú le has visto?
Isabela. Sí, esta mañana temprano, por frente del Botánico: iba en su coche, con Angelita y con su padre; y él me vió, porque me hizo asi con la mano. (*Indicando un saludo.*)
Duquesa. Ah!
Isabel. Y tambien á Angelita hubiera querido hablar

para reñirla, porque no ha vuelto á verme.—Pero el general, señor...! el general no parecer por casa!

Duquesa. Quién sabe...! tendrá ocupaciones...

Isabel. Qué ocupaciones...! No ha de tener un rato al dia...? Pues yo siento no verle... es hombre que me gusta tanto...! Y él te quiere mucho!—Le has hecho tú algo, Clara?

Duquesa. (*Turbada.*) Yo...? qué ocurrencia...!

Isabel. Es que tú eres tan caprichosa con él...! algunas veces le has dado unas respuestas...! no creas que se me ha escapado.

Marquesa. Eh...! para hablar delante de las niñas!

Isabel. Y yo una vez me propuse imitarte; pero no pasó de cinco minutos... y aquellos cinco minutos fueron crueles...! Te aconsejo, hermana, que mudes de sistema.

Un lacayo. El señor don Luis está en la sala.

Isabel. Hola...! voy á verle.—A Dios, hermana: á Dios, tia.

ESCENA III.

LA DUQUESA. LA MARQUESA.

Marquesa. Ya que estamos solas, Clarita, hablemos un rato con formalidad. Ya me has contado la jugarreta que te ha hecho ese excelencia de nuevo cuño, á quien os habeis propuesto mirar como un grande hombre, y á quien yo en mis tiempos hubiera hecho encerrar en un presidio.

Duquesa. Tia...!

Marquesa. Sí, señor, en un presidio. Atreverse á robarte, y meterte en su casa...! y vamos á ver... todo ello para qué...? Nada...! para decirte insultos y groserías de cuerpo de guardia!—Vamos, eso es inaudito! Qué tiempos alcanzamos, señor!—Y, sepamos: en qué altura estás con ese hombre?

Duquesa. Que le he escrito, tia.

Marquesa. Qué necedad!

Duquesa. Y no me ha contestado ni una sola vez.

Marquesa. Mire usted...! el insolente!

Duquesa. En fin, que ya no me quiere.

Marquesa. Y tú le quieres ahora?

Duquesa. Sí, tia...! á qué se lo he de ocultar á usted... le quiero mas que á mi vida!

Marquesa. Ese es el orden...! En mis tiempos, lo que es eso era lo mismo. Y qué vas á sacar de quererle?

Duquesa. Qué sé yo! Ni puedo esplicar lo que pasa en mí...! No sé lo que hago, ni lo que pienso... No soy ya la misma!

Marquesa. Y es lástima!

Duquesa. Si él supiera que esta muger, tan desdeñosa, tan coqueta, ha llegado á sentir amor...! que su corazon es otro enteramente...!

Marquesa. Qué tal...! Te decia yo bien, que estuvieses en guardia?

Duquesa. Pero ya lo sabrá: he querido que lo sepa: acabo de escribir á don Valentin.

Marquesa. Y quién es don Valentin...? su confesor?

Duquesa. No: ese amigo suyo que no me puede ver.

Marquesa. Ah! ya! ya me acuerdo: el que dirigió el rapto...? el que emborrachó á tu cochero...? Pues mira, es hombre de travesura: si fuera de buena familia, hubiera hecho suerte en mis tiempos.

Duquesa. Ese es el que me ha perdido...! Me ha hecho una guerra mortal...! me ha robado el corazon de su amigo!

Marquesa. Ta! ta...! ta...! Dale con el corazon...! en el dia todo se vuelve hablar del corazon. Niña, tú te has olvidado de mis lecciones.

Duquesa. Sus lecciones de usted...! Ah! por haberlas seguido demasiado no he hecho hasta ahora mas que halagar mi orgullo, sin lograr un instante de felicidad!

Marquesa. Esas no son mas que palabras...! Hablemos en razon. Mientras que la cosa no ha pasado de divertirte á espensas de ese soldado advenedizo á quien le han pegado una excelencia, vaya con Dios...! no habia peligro en ello: casi era una distraccion. Pero cuando ya los dos lo habeis tomado con seriedad, cuando un hombre de humilde estraccion se atreve á toda una duquesa del Puerto, oh! eso ya no se puede llevar en paciencia! En mi tiempo, la familia hubiera hecho que el rey le enviase á Filipinas, bajo partida de registro.

Duquesa. Tia, por Dios, no diga usted eso! Cómo echa usted menos aquellos tiempos?

Marquesa. Cómo...? Friolera...! En primer lugar, porque siempre una echa menos los tiempos en que era jóven; y luego porque esto de la ilustracion, como ahora lo llaman, es una confusion de clases, que no nos enten-

demos. En diciendo: es un poeta famoso...! es un militar valiente...! se acabó: ya hay que abrirle las puertas á cualquier Pedro Fernandez, como ese señor general Bernal, que puede que se haya criado en pernetas, jugando al trompo en alguna plazuela.

Duquesa. Y cómo quiere usted, tia, que nadie se acuerde de eso, tratándose de un hombre que se ha elevado por sus prendas eminentes?

Marquesa. Ba, ba...!

Duquesa. Y si yo le dijese á usted que estoy tan ciega, que tengo tentaciones de atropellar por todo?

Marquesa. Cómo...! alguna locura...!

Duquesa. Sí, señora...! Desesperada de no recibir contestacion á ninguna carta, indignada de su indiferencia, estoy casi resuelta á hacer que vaya mi coche á la puerta de su casa, y se esté alli toda la mañana, para que corra la noticia, y me comprometa sin remedio.

Marquesa. Ay! en qué siglo vivimos...! Pero, sobrina, no has reflexionado...?

Duquesa. Sí, tía; he reflexionado... y por eso no me atrevo á hacerlo...!

Marquesa. Gracias á Dios! Jesus...! Mejor te pasaria que fueses efectivamente á su casa en un coche de alquiler, con las persianas echadas.

Duquesa. Qué dice usted...!

Marquesa. Asi no habria escándalo; y en todo caso se podia negar.

Duquesa. Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que le amo!

Marquesa. Entonces no hay caso: te has vuelto loca, y es imposible entenderse contigo.

Duquesa. Me parece que sí!

Marquesa. Pero en fin, eres mi sangre, y no puedo dejarte en las astas del toro. A ver, hija, á ver qué corte se puede dar á esto. Tú estas encaprichada por ese general?

Duquesa. No hay para mí felicidad sin su amor!

Marquesa. Pues qué remedio...! Cásate con él. Será una alianza desigual... será un borron en la familia... pero qué se ha de hacer?

Duquesa. Ya estaba yo en eso; pero el caso es que él ya no me ama.

Marquesa. Que no te ama...? Pues no faltaba mas...! Con

que en vez de darse con un canto en los pechos... Dime: le has escrito á ese don Valentin...? Qué le dices?

Duquesa. Que venga á verme: es quien mas influjo tiene con el general.

Marquesa. Y tratarás de convencerle de la sinceridad de tus sentimientos?

Duquesa. Oh! si yo lograra ponerle de mi parte; si él quisiera persuadir á su amigo á que viniese á verme... á que yo le viera un solo instante...!

Marquesa. Pero eso no está en el orden...! Has de ser tú quien dé el primer paso...? sería eso decoroso...? No, no: yo me encargo de ello.

Duquesa. Usted, tia?

Marquesa. Sí, yo: bastante me cuesta...! pero tú lo echarias á perder... te irias por esos trigos... y quizá no lograrias lo que quieres. Yo recibiré á don Valentin.

Duquesa. Ah! cuánto la debo á usted...!

Marquesa. No lo sabes bien!

Un lacayo. El señor don Valentin Rompelanzas desea ver á S. E.

Duquesa. Ahí está, tia!

Marquesa. Pues vete á tu cuarto, y déjame á mí.

Duquesa. Cuidado, por Dios, tia! Trátelo usted con mucha atencion...! reflexione usted que mi suerte, que mi vida está en manos de ese hombre!

Marquesa. No tengas miedo: soy yo muy diplomática: vete, vete.

Duquesa. En usted confio! (*Se va por la izquierda.*)

Marquesa. Bien, bien! — (*Al lacayo.*) Que pase adelante. (*Se va el lacayo.*) La marquesa de Estepona tratando de igual á igual con un don Valentin...! A qué tiempos hemos llegado!

ESCENA IV.

LA MARQUESA. DON VALENTIN.

Un lacayo. (*Anunciando.*) El señor don Valentin Rompelanzas.

Valentin. (*Saludando.*) Obediente á la esquelita que ha tenido usted á bien escribirme, vengo... (*Llegando y viendo á la marquesa.*) Ah! perdone usted, señora. (*Retirándose.*)

Marquesa. No, no: acérquese usted, amigo.

Valentin. Es la señora duquesa del Puerto quien me ha llamado...

Marquesa. Y es la marquesa de Estepona, duquesa de Pozos-dulces, su tia, quien le recibe á usted.

Valentin. (*Aparte.*) Marquesa y duquesa...! Esta es mas en cuanto á títulos... pero en cuanto á facha...!

Marquesa. Pues, amigo, tengo que hablarle á usted.

Valentin. Ya soy todo orejas, señora.

Marquesa. Creo que tiene usted un amigo á quien llaman Bernal, si no me equivoco?

Valentin. Sí, señora; asi le llaman desde que nació.

Marquesa. Pues sí: de él vamos á tratar.

Valentin. Bien: tratemos.

Marquesa. Ha de saber usted que, por uno de esos caprichos de la suerte, mi sobrina tiene que pedirle á usted un favor.

Valentin. A mí, señora...? á mí, que soy su enemigo mas encarnizado?

Marquesa. Qué es eso de enemigo...! A mí me dice usted...?

Valentin. Toma! pues si se lo he dicho á ella.

Marquesa. Es posible?

Valentin. Pero debo confesar que no es á ella precisamente á quien tengo tirria, sino á todas las coquetas en general.

Marquesa. Cómo se atreve usted...?

Valentin. Toma! si supiera usted la aventura que me pasó con una de ellas, llamada Saturnina, no lo estrañaria usted.

Marquesa. Yo no sé quién es Saturnina, ni me importan sus aventuras de usted. Pero me parece que prescindiendo de la clase, del nacimiento, basta ser muger para imponer respeto.

Valentin. Cierto! y á mí me lo imponen todas... escepto las que son taimadas y coquetas, como Saturnina.

Marquesa. Dale con Saturnina! Acabaremos de hablar de Saturnina? Alguna modista de Madrid...

Valentin. No, señora: una navarra de tomo y lomo! y no era modista. Ojalá lo hubiera sido! La echaba de señora: me dió una cita: tuve que escapar, y me rompí esta pierna.

Marquesa. Qué me importa á mí su pierna de usted?

Valentin. A mí me importa mucho; y si viera usted cuando cambia el tiempo...

Marquesa. Basta, basta de pierna, y óigame usted.—Mi sobrina la duquesa del Puerto ha dado en la flaqueza de honrar con su aprecio á un hombre que á decir lo que siento, no lo merece.

Valentin. Señora!

Marquesa. No me interrumpa!—Usted sin duda ignora que uno de los ascendientes del duque del Puerto murió en la toma de Sevilla, al lado del Santo Rey don Fernando.

Valentin. Sí moriría: eso debe usted saberlo mejor que yo. Yo no estuve en esa batalla.

Marquesa. Es que yo tampoco!

Valentin. No, no digo yo que usted estuviera.

Marquesa. Me gusta la especie!

Valentin. Yo donde he estado es en otros combates, donde el general Bernal se cubrió de gloria.

Marquesa. Buena gloria te dé Dios! Ahora todo el mundo se cubre de gloria!

Valentin. Lo que es él, me parece que no habrá quien dude en España...

Marquesa. Bien: no disputo su gloria.

Valentin. Y hace usted bien.

Marquesa. Pero me confesará usted que no por eso está á menos distancia de mi sobrina.

Valentin. No, señora; no la confesaré á usted tal!

Marquesa. Oiga, y no me interrumpa tanto!

Valentin. Y usted tambien hágame el favor de no ofender al general Bernal!

Marquesa. No faltaba mas sino que la marquesa de Estepona tuviese que guardar respeto á un general improvisado!

Valentin. Y por qué no se lo ha de guardar, si vale mas el dedo meñique de ese general que todas las duquesas y marquesas vejestorios que andan por Madrid?

Marquesa. Insolente!

Valentin. Lo dicho!

Marquesa. Canalla...! Sangrador!

Valentin. Mucho que sí! (*Sacando un estuche.*) Y si usted se sofoca, aqui traigo las lancetas.

Marquesa. Asesino...!

ESCENA V.

DICHOS. LA DUQUESA.

Duquesa. Dios mio! qué es esto...? qué ha sucedido?

Marquesa. Lo que ha sucedido es que tires al instante de la campanilla...

Duquesa. Para qué, tia?

Marquesa. Para que vengan á echar á ese hombre por un balcon.

Valentin. Por un balcon? Como hizo Saturnina? — No, señora: con las que pasan de treinta, salgo yo siempre por la puerta.

Duquesa. (*Con dulzura.*) Señor don Valentin...!

Valentin. Y ese camino voy á tomar, ya que se me ha llamado para esto.

Duquesa. No: yo le suplico á usted que se aguarde.

Marquesa. En ese caso, señora sobrina, me iré yo.

Duquesa. Pero tia, si le he mandado llamar, y usted me ofreció...

Marquesa. Y quién se contiene con un deslenguado de esa calaña? — A Dios...! me voy...! Consultaré con tu tio el conde de la Langosta, y vendré con él á predicarte! Eres una loca...! te has metido entre gentuza, y no sacarás mas que coces! (*Vase gruñendo.*) Matasanos...!

ESCENA VI.

LA DUQUESA. DON VALENTIN.

Duquesa. (*Con afabilidad.*) Esto no habrá sido nada. La pobre tia me quiere como á las niñas de sus ojos, y no debe usted estrañar que á su edad tenga ciertas rarezas, que deben ser disculpables para un sugeto de talento y de mundo.

Valentin. (*Aparte.*) Hola! Esto es otra cosa!

Duquesa. (*Sentándose.*) Pero siéntese usted...! siéntese usted...!

Valentin. Estoy bien de pie, señora.

Duquesa. No, no! hágame usted ese favor: nuestra conversacion pudiera prolongarse... tengo algunas cosas que decirle á usted...

Valentin. Vaya, pues! ya estoy escuchando. (*Se sienta.*)

Duquesa. No hace muchos dias que tuvo usted la bonda de hacerme una visita.

Valentin. Es verdad.

Duquesa. Yo esperaba que no fuese la última...

Valentin. Usted lo esperaba...? Pues no fué tan gustosa que...

Duquesa. (*Con afabilidad.*) Muchas veces disputa una... no está de acuerdo con alguna persona sobre tal ó cual punto... pero esto no quita que aprecie su buen fondo y desee volverle á ver.

Valentin. Sí: verdad es, señora... que... (*Aparte.*) Qué diablos es esto?

Duquesa. Ya sé que ha estado usted fuera de Madrid...

Valentin. Cómo! ha preguntado usted por mí?

Duquesa. A la cuenta! Ya ve usted que entre los dos no median mas relaciones que el ser ambos amigos de... de...

Valentin. Del general Bernal?

Duquesa. Justamente; y en estos dias no le he visto.

Valentin. Bravo! me ha cumplido la palabra.

Duquesa. Cómo?

Valentin. Teniendo que ir á caza unos dias, le exigí palabra de no venir á ver á usted; pero como hasta aqui ha sido tan mandria en ese punto, no me fiaba mucho, y temia que diese otra vez al traste con el proyecto que he formado para su bienestar, y al cual ha dado él su aprobacion.

Duquesa. Ya!

Valentin. Ahora veo con gusto que lleva el plan adelante, y que se ha decidido á no molestarla mas á usted con ese amor de que usted no ha podido participar.

Duquesa. Quién le ha dicho á usted eso, señor don Valentin?

Valentin. Toma! pues la cosa ha sido bien clara!

Duquesa. Usted me ha tenido á mí por insensible, y yo á usted por malo: ambos hemos podido equivocarnos.

Valentin. Oh! en cuanto á lo primero...

Duquesa. Sí, sí, crea usted que nos hemos equivocado; porque usted, bajo ese esterior áspero y duro, oculta un corazon generoso...

Valentin. Eso es segun!

Duquesa. Y en cuanto á lo demas, cree usted, señor don

Valentin, que puede haber en el mundo una muger capaz de estar tratando un año entero á su amigo de usted, sin apreciar sus bellas cualidades, sin mirar como la suprema felicidad el poseer su corazon?

Valentin. (*Aparte.*) Calla...! esta muger no es la misma!

Duquesa. Usted ha sido muy severo, muy cruel con esa muger...! y sin embargo, ella no le aborrece á usted, y solo le pide un poco de indulgencia, en cambio de su amistad.

Valentin. (*Aparte.*) Es mucha metamorfosis! — Señora duquesa...! Sabe usted que si uno no estuviera en guardia, era cosa de dejarse embaucar por esas palabras de miel? — Vaya! lo hace usted de modo, que cualquiera diria que su corazon de usted es capaz de sentir una verdadera pasion!

Duquesa. Y por qué dudarlo? por qué no ha de creer usted que mi alma es capaz de comprender la suya, y de perdonar un paso que en el fondo le honra á usted, por mas que haya sido respecto á mí algo irregular y ofensivo?

Valentin. Dice usted que me perdona...? á mí...?

Duquesa. (*Acercando la silla.*) A usted...! — Y aun haré mas.

Valentin. (*Separando la suya.*) El qué?

Duquesa. Obligarle á usted á que me haga justicia, á que confiese que esta muger á quien usted ha ofendido, no carece de sentimientos nobles y generosos.

Valentin. Señora... efectivamente... yo... confieso que anduve algo crudo... y que para no guardarme rencor, necesita usted hacer un gran esfuerzo!

Duquesa. No tal: desde hoy seremos amigos: usted vendrá á verme... á menudo: me contará las campañas de su amigo; me hablará de la gloria que ha adquirido en los mil combates donde dió á conocer su talento y su valor... Tambien de usted hablaremos: de la fama que ha logrado en su dificil y honrosa profesion; porque ha de saber usted, que no ignoro lo que vale usted como facultativo, señor don Valentin!

Valentin. Pues señor, bien...! tendré mucho gusto...

Duquesa. Ya verá usted como hay duquesas que son muy amables. Cuántas veces sucede en el mundo formar juicios equivocados acerca de una persona, y rectificarlos la pri-

mera vez que se la habla! Yo, por ejemplo, habia formado mala opinion de usted, y ahora me arrepiento.

Valentin. (*Aparte.*) Es cosa increible! Hay en todas sus palabras una franqueza, una verdad....! Tendrá efectivamente corazon esta muger?

Duquesa. Con que, señor don Valentin... (*Alargándole la mano.*) hacemos las paces...? no me aborrece usted?

Valentin. Aborrecerla á usted...! es eso posible...? (*Aparte retirando la silla.*) Valentin! acuérdate de Saturnina!

Duquesa. (*Acercando la suya.*) Ya conoce usted que una muger en mi posicion debe tomarse tiempo para sondear bien al hombre que ha de unirse á ella por toda la vida; y que esta precaucion es facil que se tome á primera vista por frialdad ó por doblez.

Valentin. (*Aparte.*) Pues tiene razon! Puede ser muy bien... y quizá yo me he precipitado...

Duquesa. Su amigo de usted lo ha creido asi; y usted ha contribuido á que lo crea.

Valentin. Es verdad.

Duquesa. Usted creyó que los triunfos logrados por mi vanidad eran todo para mí?

Valentin. Y me he engañado, señora?

Duquesa. No creo que usted lo dude. Los hombres que tienen la penetracion de usted, leen en los corazones; y usted ha leido ya en el mio.

Valentin. Señora... (*Aparte.*) Como soy Valentin que esta muger me ha vuelto la chabeta! Qué espresion...! qué dulzura...!

Duquesa. Confiese usted que se ha portado mal!

Valentin. Ay! Señora...! y lo que temo es que no pueda ya enmendarlo!

Duquesa. Cómo?

Valentin. Porque puede que á estas horas mi amigo Bernal se haya casado.

Duquesa. (*Levantándose.*) Casado!

Valentin. (*Levantándose.*) Sí, señora; con Angelita Herrera... aquella niña... ya se acuerda usted? aquella á quien usted le quitó el novio.

Duquesa. Casado...! con ella...!

Valentin. Es negocio que yo arreglé, y á mi marcha quedó resuelto: luego, mientras he estado fuera, no he cesado de escribir á Bernal apurándole para que lo llevase á

cabo, á fin de sacarlo de una vez de las uñas de usted. Él me respondió que descuidase; porque la felicidad de Angelita era ya su primer cuidado. Ahora me dice usted que no ha parecido por aqui; de suerte que fijos son los toros!

Duquesa. Dios mio! eso no es posible...! no puede haberse casado!

Valentin. Yo no sé: como al llegar me he encontrado con su esquela de usted, he venido aqui antes de ir á verlo.

Duquesa. Pero él le hubiera avisado á usted el dia que se casaba: le hubiera esperado á usted para la boda...

Valentin. Eso es probable; pero tambien lo otro es muy posible.

Duquesa. Ay! Don Valentin...!

Valentin. Señora...! usted se pone pálida...! usted está mala...!

Duquesa. Ah...!

Valentin. Estamos frescos! — Con que la cosa iba de veras? Por fin ha parado usted en amarle...? El remedio que yo apliqué á muerte ó á vida ha producido su efecto...! pero qué demonio...! ha obrado tarde!

Duquesa. Ah! él no puede haber renunciado asi á una dicha que ha sido su sueño un año entero...! No puede haberse resuelto á emponzoñar la existencia de una muger que ha querido tanto!

Valentin. Y quién habia de creer que emponzoñaba su existencia de usted?

Duquesa. Pues ya lo ve usted...! ya ve usted si padezco... mi corazon se ha descubierto ya con usted!

Valentin. Cáspita! es verdad! Conozco que anduve ligero... Vale usted mas de lo que yo creí... y si fuera tiempo todavía...

Duquesa. Sí, sí! no debe haberse casado...

Valentin. Voy á verle... voy á hablarle... yo le diré...

Duquesa. (*Con ternura.*) Qué le dirá usted?

Valentin. Toma...! le diré... le diré que se ha vuelto usted otra...! que no la conozco... que me ha trastornado usted los sentidos... que es usted una muger adorable! Me tratará de veleta... pero no importa! Y si fuese tarde... si ya no tiene remedio... entonces, señora... para enmendar la falta que he cometido con usted...

Duquesa. Qué...?

Valentin. Qué...? Me casaré yo con usted!

Duquesa. Usted, don Valentin?

Valentin. Andandico...! yo soy capaz de cualquier cosa... usted me ha levantado de cascos...!

Duquesa. Pero reflexione usted...

Valentiu. Ah...! tiene usted razon! No soy yo el que usted ama...! Vamos...! no sé lo que me digo!—Voy á buscarlo... voy á procurar... Diga usted: y si la cosa se compone, y le traigo, se volverá usted á burlar de él?

Duquesa. Ah! qué dice usted...!

Valentin. No, es que conviene tomar precauciones. Yo estoy aqui fiándome de sus palabras de usted, y casi enternecido... y puede que haga mal.

Duquesa. (*Afligida.*) Por Dios! don Valentin...!

Valentin. Vamos, no...! La creo á usted.

Duquesa. Vaya usted pronto!

Valentin. Voy volando.—(*Aparte yéndose.*) El demonio son las mugeres... qué modo de volverlo á uno tonto!

ESCENA VII.

LA DUQUESA.

Oh! aun será tiempo! No puedo resignarme á creerlo! Cómo me ha de haber olvidado tan pronto...? —Él no amaba á esa niña... ni ella puede hacerlo feliz. Quizá el despecho... la venganza le habrán hecho consentir, pero mi imagen se habrá interpuesto y le habrá detenido. Su amigo le va á hablar... sin duda le traerá.—Ah! cuánto he padecido...! pero si viene, si logro que me escuche un momento, yo sabré triunfar de su indiferencia. Si el mismo don Valentin, que no me podia ver, se ha dejado ablandar por mis palabras, qué será él, que me amaba tanto! (*Mirándose á un espejo.*) Qué descolorida estoy...! qué mal peinada...! No quiero recibirle con este vestido, que no me sienta bien. Ah! la coquetería esta vez es disculpable, porque tiene por objeto el verdadero amor! (*Llama á la campanilla. Sale la doncella.*)

Doncella. Qué manda V. E.?

Duquesa. Sácame un trage: quiero vestirme.

Doncella. Daré orden de que V. E. no recibe?—He oido parar un coche. (*Yendo al balcon.*) Es el del señor general. Le recibe V. E.?

Duquesa. Sí, sí...! vete. (*Vase la doncella.*) Enrique...! Aun no puede haber visto á su amigo... Luego viene por su propia voluntad... Ah! bien decia yo que no podia haberse casado!—(*Componiéndose.*) Ea, serenidad, para no decir mas que lo que convenga.

Un lacayo. (*Anunciando.*) El señor general Bernal.

ESCENA VIII.

EL GENERAL. LA DUQUESA.

General. (*Saludando.*) Duquesa, estoy á los pies de usted.

Duquesa. (*Aparte, despues de saludarle.*) Ah! qué frialdad!—Su amigo de usted acaba de salir de aqui: le ha encontrado usted?

General. No, señora: ni aun sabia que estuviese de vuelta.

Duquesa. (*Aparte.*) Ah!

General. Usted habrá estrañado que no haya venido en tantos dias, á pesar de la carta en que tenia usted la bondad de llamarme.

Duquesa. Muchos dias han sido!

General. Usted me perdonará esta aparente grosería; pero he aguardado para ver á usted que llegase el dia en que debo marchar para siempre...

Duquesa. Marchar para siempre...? Oh! eso es imposible...!

General. Dentro de dos horas partiré; pero hubiera sido una falta no venir á despedirme de usted.—Duquesa, tiene usted algo que mandarme?

Duquesa. (*Aparte.*) Será esto cierto?

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA ISABEL.

Isabel. Hermana...! hermana...! qué noticia traigo...!—

Ah! El general aqui...! vendrá sin duda á darte parte de su casamiento?

Duquesa. Su casamiento!

Isabel. Mira, mira lo que me ha escrito Angelita. Esta carta me la envió hace ocho dias; y como yo he estado en casa de mi tia, no la he visto hasta ahora.

Duquesa. (*Aparte recorriendo la carta.*) "Mi padre se ha empeñado... este casamiento es cosa arreglada por don Valentin... Me caso con el general Bernal... la boda será el 17..."—Fué ayer...! "Y el 18 nos vamos á Valladolid."—Es hoy...! Ah! se ha casado...! (*Trémula y turbada, busca una silla y se deja caer en ella.*)

Un lacayo. (*Anunciando.*) La señora marquesa de Estepona.

ESCENA X.

DICHOS. LA MARQUESA. *Luego* DON VALENTIN.

Marquesa. A ver si estorbamos que haga una locura!

Isabel. (*Aparte.*) Cómo se ha quedado mi hermana...! Y el general tambien, qué turbado!

El lacayo. (*Anunciando.*) El señor don Valentin Rompelanzas.

Marquesa. Este nos faltaba! Vendrá á hablarnos de Saturnina y de la pierna rota?

Valentin. Señoras... saludo á ustedes. Ya sabia yo que te encontraria aqui, y vengo...

General. (*Aparte.*) Calla!

Duquesa. (*Aparte con la carta en la mano, y sin haber notado que ha entrado gente.*) Va á partir...! Se ha casado...!

General. (*Acercándose á ella.*) Permítame usted que le esplique...

Duquesa. (*Levantándose.*) Nada, nada! La esplicacion completa de todo está en mi conducta insensata!

Marquesa. Sobrina, qué tienes...? Estás desencajada!

Duquesa. Qué he de tener...? que he sido la mas loca de las mugeres! Me he dejado alucinar de ideas frívolas, he hecho callar la verdad á mi corazon, he disimulado un sentimiento tierno que era mi existencia, he arrojado lejos de mí una felicidad que era mi vida!

General. (*Aparte.*) Gran Dios! será posible!

Marquesa. Sobrina...! Sobrina...! mira que te oyen!

Duquesa. Y qué me importa ya! No es tiempo de fingir: he vuelto en mí, cuando ya no hay remedio! mi alma se ha cansado de mentir, y se presenta desnuda á los ojos del mundo! Ay! tia! qué pequeños, qué miserables son todos esos ardides de sociedad ante un amor grande y verdadero! Ah! reuncio á esos fútiles triunfos, á esos placeres mentidos de la vanidad, á ese mundo que me ha engañado! No hay en él de cierto mas que el amor, y lo he sacrificado! Yo debí consagrarle á un hombre mi vida, yo habia nacido para hacerle feliz... y otra ha de ser quien lo logre! La culpa es mia, sí, mia! Y no me resta mas que la soledad... una eterna soledad, donde viviré sin mas compañía que mi amor... Sí, quiero confesarlo públicamente...! mi amor, mi amor... yo amo á ese hombre... y él está ya casado!

Marquesa. Hola...! pues ya no hay que temer!

Valentin. Es que...

General. (*Aparte.*) Calla! — Es verdad: he elegido una compañera, cuyo talento, cuyas virtudes han bastado á inspirarme el mas violento amor! y para colmo de felicidad, su alma, tan tierna, tan apasionada como la mia, participa de una pasion que nada podrá ya en el mundo disminuir ni apagar. (*Echándose á los pies de la duquesa.*) No es cierto?

Duquesa. Ah! qué veo!

General. Clara...! Aun puedo ser de usted!

Duquesa. (*Echándose en sus brazos.*) Ah! Enrique!

General. Eres mia?

Duquesa. Para siempre!

Valentin. (*A la marquesa.*) Lo ve usted? Soy un gran médico!

Isabel. Pero y Angelita?

Valentin. Ahora salimos con que se casa, pero con su antiguo novio, con don Fernando, que ha cantado la palinodia: este perillan hizo ese negocio durante mi ausencia, y me ocultó su plan. (*Aparte.*) Es lástima! Yo me hubiera casado con esta muger de buena gana!

Marquesa. Aqui no hay nada que hacer. Cómo ha de ser...! Haremos que le den un título de marques.

Valentin. (*Al general y á la duquesa.*) Aunque ya no

ejerzo la facultad, con todo, para los amigos, siempre estoy pronto: con que cuando llegue el caso...

General. Valentin!

Valentin. Está entendido! — Todos quedamos contentos...! Todos? Qué sé yo...! Eso... (*Saludando al público.*) ahora lo sabremos.

FIN DE LA COMEDIA.

ecreto de estado.
orias de un coronel.
o el Veronés.
jo de la tempestad.
oda improvisada.
elino el tapicero.
los solterones.
mbre mas feo de Francia.
e toledana.
glar.
stigo de una madre.
nemorias del diablo.
casa con dos puertas.
ar.
ven bofetones.
en vedado.
rsario.
e por interés.
ar me vuelvo.
uen padre.
io de Bilbao.
well.
y Paulina.
via de palo.
a, viuda y casada.
otestante.
na de Médicis.
allero de industria.
bal el leñador.
ela de Belle-Isle.
uelo.
dico y la huérfana.
to del hambre.
scripto.
rollacion de los inocentes.
os celosos.
micos del rey de Prusia.
dia de Castro.
mbre de bien.
cajada.
).
reto de familia.
ventura de Carlos II.
linera.
cader flamenco.
retario privado.
erna de Alby.
dena.
y nobleza.
o Perez y Felipe II.
.
venga sus gravios.
,
y cobrar el cetro.
años despues.
l novicio.
os.
ito.
la cieguecita.
tarios.
y el encojido.
uecas.
a.
al del Godo.
r razon la espada.
no de Guadalajara.
llo del rey D. Sancho.
a de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña Maria de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de Paris.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Soboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machel.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra
Valeria.
Un poeta y una muger
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padriuo á mogicones.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

50 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

28 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Bilbao.....	Garcia.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Leon.....	Miñon.
Lugo.....	Pujol.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novoa.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodriguez.
Zaragoza.....	Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, dos tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, dos tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo 14.

Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

—— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.

—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.

Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Introduccion á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

Cuentos fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

El libro del pueblo: un tomo, 6.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo 6.

Composiciones del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

El pobrecito hablador, por Larra: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion por Latorre: un folleto, 4.